

PLAN PASTORAL 2025-2027



MISIONEROS de la
ESPERANZA, la **FE** y
la **CARIDAD**

Centrados en lo esencial

Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante¹.

Estas palabras del Papa Francisco quieren marcar la tónica del nuevo plan pastoral para el trienio 2024-2027. Parte constitutiva de eso que es esencial del Evangelio, y que no podemos dejar de presentar, renovar y profundizar en el contexto de una Iglesia misionera, es la vida en Cristo, que supone para la existencia de cada creyente el desarrollo de las tres virtudes teologales: la esperanza, la fe y la caridad.

En comunión con toda la Iglesia

Al dedicar cada curso a una de las virtudes teologales, en el orden enunciado, el año 2025 nos centraremos en la esperanza. De este modo, estamos en sintonía con el lema del Jubileo ordinario: *Peregrinos en esperanza*. Además, dada la gran importancia que la espiritualidad carmelitana tiene en nuestra diócesis, no podemos olvidar que en el año 2026 celebraremos el tercer centenario de la canonización de san Juan de la Cruz y el primero de su declaración como Doctor de la Iglesia. El místico de Fontiveros es precisamente uno de los grandes maestros que muestran la necesidad de las virtudes teologales para la purificación de la estructura íntima de la persona –de su memoria, entendimiento y voluntad, decía él– y enseña valiosos caminos interiores que nos ayudan a recibir de Dios el don de crecer en ellas.

Esta propuesta de futuro se arraiga también en el camino recientemente recorrido por nuestra Diócesis. En efecto, acabamos de terminar un plan pastoral que don José María Gil Tamayo quiso estructurar en torno a lo más propio de la identidad del Pueblo de Dios en su conjunto: la comunión, el anuncio, la celebración y el compromiso. Nada más lógico, por tanto, que al trabajo sobre lo esencial de la Iglesia siga otro sobre lo esencial de cada bautizado en su configuración con Cristo por el Espíritu.

La primacía de Dios

Las virtudes teologales se llaman así porque tienen a Dios como origen, motivo y objeto, dice el Catecismo². Que Él sea el *origen* significa que nadie es capaz, con sus solas fuerzas, de hacerlas nacer en sí mismo. A diferencia de las virtudes humanas –que pueden cultivarse por la educación y la disciplina–, la esperanza, la fe y la caridad sólo se pueden recibir cuando el Espíritu Santo nos las concede. Vivirlas supone una configuración con el misterio de Cristo: el Resucitado que ha vencido la muerte, el Hijo obediente a la voluntad del Padre, el Esposo que en la cruz da la vida por los que ama. Esto es lo que significa que Dios sea el *motivo* de las virtudes teologales. Ellas son el resultado de vivir con Jesús y como Jesús. Lo tercero que afirma el Catecismo, que Dios es el *objeto* de las virtudes teologales, supone que uno no espera, cree o ama a «algo», sino a Alguien: al mismo Dios.

¹ *Evangelii gaudium* (2013) 35.

² Cf. CCE 1812.

La meta de nuestra esperanza no es el «paraíso» en el sentido de «una cosa» o «un premio» que confiamos recibir si hemos sido buenos, por increíblemente maravillosa que nos parezca tal recompensa. La meta no es otra que el mismo Dios, que quiere hacernos tan suyos, «abrazarnos» –en cierto sentido– de tal forma, que seamos uno con Él, compartiendo su misma condición divina. No creemos en una serie de dogmas, como quien asiente de forma más o menos racional al sistema de postulados que sostienen cualquier ideología. Creemos en Dios poniendo nuestra existencia entre sus manos; cosa que es posible gracias a que Él previamente se nos ha entregado, hablándonos con palabras y obras intrínsecamente unidas y convocándonos a su compañía como un amigo lo hace con otro³.

Evidentemente, parte constitutiva de esa entrega es su dárse nos a conocer, en una revelación de su Ser que ha quedado objetiva y normativamente expresada a través del conjunto de dogmas de la Iglesia. Aceptarlos no es un fin en sí mismo, sino un medio para lo único decisivo: el encuentro personal con Cristo resucitado⁴. La doctrina existe para saber quién y cómo es el Señor y, de este modo, amarlo más y seguirlo mejor.

Nuestra caridad, en fin, no es filantropía, no es una solidaridad meramente humana. Sólo existe cuando reconoce en cada ser humano el rostro del Dios a cuya imagen fue creado; cuando confiesa que, en su agonía, Cristo está vertiendo su sangre por él⁵; cuando proclama que el Espíritu no deja de seguir obrando en su vida con su toque delicado. Dios, y solo Dios, es el propiamente amado por la caridad del corazón cristiano, tanto directamente cuanto a través del hermano, que siempre es sacramento y transparencia de su presencia.

Por lo tanto, el principal medio para crecer en las virtudes teologales es la oración. Gracias a ella invocamos al Espíritu Santo para que venga a nosotros y suscite en nuestro interior la esperanza, la fe y la caridad que sólo proceden de Él. Por medio de la oración, estamos con Jesús, nos hacemos amigos de Jesús, aprendemos de Jesús, adquirimos el estilo de Jesús. Desde la oración, Dios va siendo poco a poco la meta de todos nuestros deseos, y adecuamos la mirada del corazón para descubrir el cálido brillo de su luz incluso en medio de las «noches oscuras» de nuestra existencia y también a través del velo de la carne del hermano sufriente o pecador.

De ahí que un plan pastoral centrado en el crecimiento en nosotros de las virtudes teologales tenga como un objetivo necesario, y común para el trienio, que cada miembro de nuestra comunidad cristiana fomente su vida de oración. Ya han pasado muchos años desde que Karl Rahner escribiera que el cristiano del futuro o será místico o no será⁶. Cabe preguntarnos –y quizá éstas puedan servir de pautas para una revisión común, en caso de que se quiera «ver» el punto exacto en el que estamos en nuestra realidad– si en nuestros días realmente enseñamos a los demás cristianos a rezar, si nuestras comunidades son lugares propicios para hacer experiencia de Dios, si estamos capacitados para acompañarnos unos a otros en la aventura de la vida interior.

³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dei Verbum* 2.

⁴ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* (2005) 1: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».

⁵ Cf. B. PASCAL, *Pensamientos* 918 (según la numeración de Lafuma; ed. Barcelona [Altaya] 1997, 273), pone en boca de Cristo esta afirmación: «Pensaba en ti en mi agonía; derramé gotas de mi sangre por ti».

⁶ Cf. K. RAHNER, «Espiritualidad antigua y actual», en *Escritos de Teología* VII, Madrid (Taurus) 1969, 13-35, 25.

OBJETIVO 1	Fomentar una renovación espiritual en nuestras comunidades, de modo que éstas se conviertan en verdaderos ámbitos para el encuentro personal con Cristo resucitado
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Iniciar en la vida de oración, desde la escucha de la Palabra de Dios y la vida de las personas, especialmente los más pobres. 2. Ofrecer propuestas de acompañamiento, personal y grupal, para el crecimiento espiritual
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Fomentar la dimensión orante en los procesos de Iniciación Cristiana, haciendo que se desarrollen en un clima de oración y dedicando momentos específicamente a ella. 2. Implementar en las parroquias tiempos de oración comunitaria de forma regular, con espacios de silencio y contemplación. 3. Formar a los agentes de pastoral en la pedagogía de la oración. 4. Abrir los templos el mayor tiempo posible, generando en ellos ambientes adecuados para la oración y ofreciendo materiales que ayuden a la misma. 5. Promover la lectio divina, reforzando los grupos ya existentes, creando otros nuevos y apoyándose en la formación ofrecida por el Secretariado diocesano de Pastoral Bíblica. 6. Preparar agentes de pastoral que puedan desempeñar adecuadamente el ministerio del acompañamiento espiritual. 7. Reservar tiempos fijos en las programaciones para que las personas preparadas puedan prestar el servicio del acompañamiento espiritual, siempre en un entorno con las condiciones requeridas. 8. Trabajar personal y comunitariamente los Apuntes sobre la oración elaborados por la Santa Sede como preparación al Jubileo. 9. Aprovechar los recursos que difunda la Orden del Carmelo Descalzo sobre la espiritualidad de San Juan de la Cruz. 10. Redescubrir el auténtico sentido de la penitencia como medio para compartir los sentimientos de Cristo y participar de su Misterio Pascual, aprovechando especialmente la fuerza de las Cofradías y Hermandas «de Pasión».

Que el Señor nos construya la casa

En definitiva, el objetivo principal de este plan pastoral y de toda la vida cristiana es dejarnos hacer por Dios. «En esto difiere Dios del hombre; en que Dios hace y el hombre es hecho»⁷. Lo cual no sólo se aplica para la creación del mundo, sino que es, en realidad, un principio fundamental de toda actitud cristiana. En definitiva, se trata de entrar en la lógica del Salmo 127:

Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles;
si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas.

La imagen de la casa es muy sugerente. Nosotros no tenemos que «construirla» desde cero, pues nuestra diócesis tiene una larga historia y nuestras parroquias, colegios, conventos, santuarios, movimientos, capellanías y el resto de estructuras pastorales llevan años erigidos.

⁷ S. IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses* IV, 11.

4

Durante mucho tiempo han sostenido la fe en nuestra tierra, y debemos reconocer con gratitud el inmenso bien que han hecho por la evangelización. Sin embargo, los tiempos han cambiado. No cabe duda que necesitamos una reforma que adecúe mejor nuestras propuestas y nuestras instituciones al mundo en que actualmente vivimos.

Una casa puede ser reformada de diversas formas. Uno puede pintar las paredes de colores bonitos, comprar algún mueble nuevo y cambiar la disposición de las habitaciones para hacerlas más acogedoras. Sin duda esto es fantástico, pero sirve de poco si hay goteras en el techo y grietas en las paredes. Esa reforma interior, que quizá se haya hecho con enorme ilusión, se arruina en cuanto llega una fuerte tormenta. Debemos, pues, atender primero a los muros y al tejado. Pero quizá esto tampoco sea suficiente. Si lo que fallaran fueran los cimientos, la prioridad tendría que ser fortalecerlos. En caso contrario, cualquier otra intervención en el edificio sería en vano.

Quizá algo de esto pueda pasar en nuestra diócesis. A veces pensamos que con utilizar nombres distintos, poner en práctica alguna novedad atractiva o hacer simples cambios menores ya hemos hecho lo que debíamos. Probablemente, esas iniciativas con las que quedamos tan contentos sean como si, en el ejemplo anterior, nos limitáramos a reformar la habitación. En cuanto llegan las primeras dificultades, lo levantado se desmorona. Con un peligro añadido, el de sembrar desilusión en el corazón cuando esto pasa. No es extraño encontrar a veces agentes de pastoral que, en cierto sentido, se han dado por vencidos. Han intentado llevar a cabo la reforma que creían necesaria y que durante un breve tiempo parecía que iba a dar resultado; pero pronto todo se disuelve. Entonces comienzan a aceptar pensamientos dañinos: «no hay nada que hacer»; «esto no tiene remedio»; «hay que resignarse a que el Evangelio ya no interesa a casi nadie»; «más vale limitarse a lo de siempre», etc.

El resultado es una especie de falta de tono apostólico. Se pierde la alegría de evangelizar y, o nos aislamos abandonándonos en una triste soledad, o nos recluimos en «los nuestros», en grupitos cada vez más cerrados a los demás, que en el calor de una tertulia o en el anonimato de las redes sociales siguen formulando grandilocuentes teorías sobre lo que tendría que hacerse; aunque en el fondo saben que se han resignado a no hacer nada o a seguir, simplemente, «reformando la habitación» una y otra vez, esperando que cuando se caiga el edificio no les pille a ellos dentro.

Hay que atreverse a reformas estructurales. ¿Cuáles serían, en nuestro caso? ¿Cómo arreglar las «paredes» y el «techo» del hogar que es nuestra Iglesia particular? No cabe duda que un punto importante es crecer en la *comunión, participación y misión* de todos los bautizados, mediante el desarrollo de la *sinodalidad* constitutiva al Santo Pueblo de Dios. El Papa nos está animando repetidamente a hacerlo, y una de las principales tareas de este trienio será aplicar las decisiones que resulten del Sínodo que hemos vivido en los últimos años.

La Iglesia en España, por su parte, ha propuesto cuatro opciones pastorales claras, que ha dinamizado especialmente a través del Congreso Nacional de Laicos del año 2020: *primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública*⁸. Todo ello nace de una comprensión del seguimiento de Cristo desde su llamada permanente a cada uno de nosotros, que nos invitará también en los próximos años a profundizar en la *clave vocacional* de nuestra existencia cristiana.

Junto a ello, las diócesis que formamos la llamada «Iglesia en Castilla» estamos en un proceso para discernir la *validez, la vigencia y la reforma de nuestras estructuras pastorales* que tendrá un

⁸ Cf. CXVII ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Fieles al envío misionero. Aproximaciones al contexto actual y marco eclesial; orientaciones pastorales y líneas de acción para la Conferencia Episcopal Española (2021-2025), Madrid 2021, 51-55.

hito importante en la Asamblea del Pueblo de Dios que celebraremos, Dios mediante, el año 2026; lo cual, como es lógico, reclama una preparación previa que hay que atender diligentemente.

En nuestra Iglesia particular llevamos varios cursos intentando aplicar una renovación pastoral. Para que los arciprestazgos sean verdaderos «hogar, escuela y taller» de vida cristiana, es imprescindible potenciar y revitalizar los Grupos de reflexión arciprestal. Para que las unidades pastorales no sean simples encomiendas de varios pueblos al mismo sacerdote, pero intentando mantener lo de siempre, se requiere forjar verdadera conciencia de ser una sola comunidad cristiana en distintos núcleos de población, constituyendo un único consejo pastoral para cada unidad, dotándolo de auténtica capacidad de discernimiento, y se precisa también hallar la unidad en torno a lo que nos congrega: la Eucaristía dominical y, sobre todo, la única Vigilia Pascual.

Para que los laicos tomen verdadera conciencia de su misión y de responsabilidad en el mundo tienen que recibir una formación y un acompañamiento que no les encierre en meros «servicios de suplencia pastoral» ni les haga meros ejecutores de las decisiones de sus párrocos o simples animadores de servicios litúrgicos. Eso habrá que desarrollarlo sin olvidar su labor fundamental, que es la presencia en la vida pública y, ordinariamente, su santificación en la familia. Hay que discernir con esmero las llamadas a distintas formas de colaboración en la misión de la Iglesia, y ofrecer itinerarios de formación espiritual, intelectual y humana, así como procesos cuidadosamente pensados para el acompañamiento de las iniciativas que surjan, dentro de una adecuada promoción de la ministerialidad laical.

Todo eso está muy bien, y tendremos que recogerlo en los distintos objetivos de nuestro plan pastoral. Pero no olvidemos que supone, dentro de nuestro ejemplo, sólo un «arreglar las goteras», necesario para que la casa sea habitable. Pero los cimientos de la Iglesia están en la unión con Dios, en la espiritualidad, de la que brotan las virtudes teologales. Resulta luminosa la siguiente afirmación de Rahner. Donde él dice «Concilio» podemos nosotros leer cualquiera de las iniciativas de reforma que hemos ensayado en los últimos años.

Si el Concilio no hubiera logrado o iniciado otra cosa que una mejora de la figura social de la Iglesia, el aumento de su prestigio social, una configuración más atractiva o más popular de la liturgia, un aumento de la libertad y de la democracia en el aparato administrativo de la Iglesia, o una mayor tolerancia externa, una mejor presentación en el conjunto de las potencias que prometen al hombre su felicidad, en tal caso no se habría logrado nada de lo que ha de conseguirse en la Iglesia *en cuanto tal*: a saber, que el hombre, que cada uno de nosotros, ame más a Dios, que tenga más fe, más esperanza y más caridad para con Dios y para con los hombres, que adore mejor a Dios «en espíritu y verdad», que acepte más de corazón las tinieblas de la existencia y de la muerte, que sea más consciente de su libertad y actúe en consecuencia. Y es todo esto precisamente lo que implica el concepto de espiritualidad, sobre todo cuando se acentúa en él el aspecto expresamente religioso. En comparación con esto, que es lo único necesario, todo lo demás es secundario, importante como medio, pero nada más⁹.

Caminando juntos

En el Encuentro Diocesano que tuvimos el 15 de junio de 2024 se trabajaron las conclusiones del último plan pastoral. El Pueblo de Dios allí reunido propuso incorporar en el nuevo plan cuatro objetivos que se consideraban especialmente importantes tras el recorrido realizado. A continuación, se indican cuáles eran esos objetivos, con la redacción que entonces se les dio, y se propone una correspondencia que nos permite descubrir dónde y cómo han sido incorporados al actual plan pastoral.

⁹ RAHNER, «Espiritualidad antigua y actual», 14-5.

<p>1. Fomentar los consejos pastorales de las parroquias para que constituyan de forma efectiva una participación de los laicos en la toma de decisiones, así como el enlace entre los párrocos y la comunidad, pues teniendo los primeros gran carga de trabajo, los consejos pueden ayudarles a estar al corriente de las necesidades de los fieles. Tres matices: que las personas que forman los consejos no se perpetúen en el tiempo, que no varíen en momentos de cambio de párroco (para poner al nuevo al corriente de todo y ayudarlo a incorporarse), y que haya transparencia de su composición, comunicándosela al resto de la comunidad mediante el tablón de anuncios o similar.</p>	<p>Objetivo 3 Objetivo 8</p>
<p>2. Renovar los itinerarios de Iniciación Cristiana, sin olvidar la fase del primer anuncio y la oportunidad que supone para los padres un renovado acercamiento a la fe.</p>	<p>Objetivo 14</p>
<p>3. Proporcionar una formación básica sobre liturgia en parroquias y también Hermandades, Cofradías y Colegios religiosos, para que puedan ir formándose equipos de liturgia y preparación para los que, en tales contextos, solicitan los sacramentos.</p>	<p>Objetivo 15</p>
<p>4. Promover el compromiso y la participación en la formación de voluntarios para la acción social, según los diferentes carismas.</p>	<p>Objetivo 5, medio 2</p>

Trabajo adaptado de este Plan Pastoral

No cabe duda de que lo ideal sería que todas las comunidades cristianas de la diócesis se plantearan íntegramente los objetivos que se recogen en este plan pastoral e intentaran desarrollar las acciones previstas para los mismos. Pero ésta parece una perspectiva poco realista. Entre nosotros hay comunidades muy pequeñas, o con recursos muy limitados. Sin embargo, ésta no puede ser excusa para «ir por libre», como si las propuestas que aquí se hacen no fueran con ellos.

Tampoco podemos caer en la trampa de pensar: «lo que el Obispo propone está bien, pero aquí la urgencia es otra». Tal actitud, además de romper gravemente la comunión, parte del error que se explicaba más arriba: el de confundir lo aparentemente urgente con lo realmente necesario.

Por eso, cada comunidad podrá decidir si prefiere priorizar algunos de los objetivos que se proponen; pero hacerlo de tal forma que no ignore ninguno. Debe planteárselos todos e intentar eficazmente alcanzarlos. Si no puede poner en práctica todas las acciones que se enumeran, por lo menos que lo intenten con alguna de ellas. Las hay muy sencillas, al alcance los grupos más humildes.

Lo que no podemos permitirnos es caer es caer en «el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”»¹⁰. Estamos llamados a una auténtica conversión «para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación»¹¹.

¹⁰ Evangelii gaudium 33.

¹¹ Evangelii gaudium 27.

Por una extraña manera
mil vuelos pasé de un vuelo,
porque esperanza de cielo
tanto alcanza cuanto espera;
esperé solo este lance,
y en esperar no fui falto,
pues fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.
(S. Juan de la Cruz, *Poesía X*)

La virtud de la esperanza

«La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo»¹. Como se indicaba antes, no llegamos a la esperanza ni al resto de las virtudes teologales como resultado de un empeño humano. Son siempre don de Dios. «La esperanza, efectivamente, nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz... El Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza»². De ahí la importancia de no perder de vista el primer y principal objetivo, ya enunciado, de este plan pastoral: el fortalecimiento de la oración. «Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración»³, decía Benedicto XVI. El mismo Papa sabio nos dejaba una importante enseñanza a este respecto:

Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás. En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios. Ha de purificar sus deseos y esperanzas... El encuentro con Dios despierta mi conciencia para que ésta ya no me ofrezca más una autojustificación ni sea un simple reflejo de mí mismo y de los contemporáneos que me condicionan, sino que se transforme en capacidad para escuchar el Bien mismo⁴.

Ahora bien, los dones de Dios no son ajenos a la naturaleza humana creada por Dios. Nadie puede tener la virtud de la esperanza si Dios no se la concede; pero todo ser humano, por el hecho de serlo, está abierto a ella en lo más profundo de su ser. «La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre»⁵. Todos, también los más alejados de la Iglesia, desean vivir para siempre, en la plenitud de su ser corporal y espiritual,

¹ CCE 1817.

² FRANCISCO, *Spes non confundit*. Bula de Jubileo ordinario del año 2025 (2024) 3.

³ BENEDICTO XVI, *Spe salvi* (2007) 32.

⁴ *Spe salvi* 33. Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, Salamanca (Sígueme) 1996², 59: «La oración es la matriz de la esperanza, porque en la oración es donde otorgamos crédito absoluto a Dios, o mejor, nos otorgamos nosotros absolutamente a Dios, dejando nuestros cuidados, y sobre todo el cuidado de consistir y desistir, olvidados en sus manos».

⁵ CCE 1818.

siendo eternamente felices. Puede que hayan intentado acallar este grito de su corazón, pretendiendo saciarlo con placeres efímeros o buscando respuesta en espiritualidades desencarnadas que, a la postre, les dejan vacíos. Quizá hayan aceptado intelectualmente la propaganda anticristiana que circula por Europa, y por ello no confíen en poder encontrar en la Iglesia lo que tan profundamente buscan. Pero, consciente o inconscientemente, en realidad todos anhelamos lo que Cristo promete: la resurrección, la entrada en la gloria del Padre, la comunión perfecta de los redimidos. Para evangelizar, para poder presentar la virtud de la esperanza a los más alejados, resulta imprescindible crear espacios de encuentro, donde puedan establecerse verdaderos diálogos, en los que cada persona vuelva a recuperar la capacidad de escucharse a sí mismo.

Un bebé recién nacido nunca ha probado la leche, pero llora reclamándola. El hecho mismo de que tenga sed es la primera y más evidente prueba de que la leche existe, aunque no la haya gustado aún. Hasta que no lo hace, no conoce su sabor ni su textura; pero no hay duda de que «algo tiene que haber» que sacie su apetito. Evangelizar supone, en nuestros días, permitir que se reconozca que ese deseo tan profundo de plenitud no es una especie de anomalía constitutiva con la que nacemos los hijos de Adán, sino el indicio más claro de nuestra llamada a llegar a ser en verdad hijos de Dios.

Por lo tanto, dos cosas aparecen enseguida como imprescindibles: procurar que nuestras comunidades sean lugares de auténtico encuentro interpersonal⁶ y fomentar en cada cristiano, especialmente en los más comprometidos con la acción evangelizadora, la capacidad de escucha, para que, a su luz, cuantos coincidan con ellos aprendan también a escucharse.

OBJETIVO 2	Crear en nuestras comunidades cristianas lugares para el encuentro interpersonal, donde sea posible reconocer los anhelos más profundos del corazón.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Dedicar tiempo de calidad a los encuentros con las personas. 2. Pasar de una pastoral del «sólo hacer» (actos litúrgicos, acciones a favor de los pobres, iniciativas evangelizadoras o catequéticas) a una pastoral centrada en el compartir y el convivir. 3. Proponer iniciativas para escuchar a todos, especialmente a los más alejados, y no sólo para responder a las demandas de los que solicitan servicios.

⁶ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, 47: «La esperanza nace para el hombre del encuentro con algo con alguien que le puede sustraer a la incapacidad para otorgarse a sí mismo amor, bienaventuranza, vida definitiva. Porque nada de lo absolutamente necesario para el hombre puede ser conquistado por sí mismo, aun teniendo que alcanzarlo por sí mismo todo».

ACCIONES

1. Espaciar las celebraciones dominicales de la Eucaristía, de modo que sea posible potenciar, con la presencia del presbítero, el encuentro interpersonal al terminar la misma.
2. Acondicionar, donde sea posible, espacios cómodos para compartir, convivir y escucharse.
3. Fomentar las actividades de tiempo libre, no como mero esparcimiento, sino para fomentar una auténtica convivencia.
4. Reservar, por parte de los sacerdotes y los agentes de evangelización, tiempos destinados exclusivamente a la acogida y la escucha de las personas, en los que no se tenga prisa por ir a hacer otra cosa.
5. Aprovechar las demandas ocasionales (de sacramentos, de atención caritativa, de cualquier otro tipo de servicios) para establecer diálogos profundos y respetuosos.

La capacidad de escucha no se improvisa. Tampoco la de encuentro, que requiere acabar con la tendencia individualista hoy socialmente arraigada. La tentación del clericalismo, tantas veces denunciada por el Papa Francisco, se alimenta de esas dos fuentes: hay sacerdotes que se creen la única referencia de la parroquia y que no son capaces de escuchar al Santo Pueblo de Dios que camina con ellos. Ese riesgo también está en los laicos, que pueden reproducir esos esquemas clericalistas en su compromiso cristiano, o cerrarse al otro, en el trabajo, en el ocio o en la familia. Por eso es tan importante entrar en la dinámica sinodal propuesta por el Santo Padre, con la pedagogía espiritual que le es inherente.

OBJETIVO 3

Profundizar en el encuentro y la escucha recíproca propias del estilo sinodal.

MEDIOS

1. Aplicar en cada comunidad las indicaciones que se desprendan del sínodo actual.
2. Implantar la conversación espiritual como una metodología de trabajo para el discernimiento comunitario.
3. Descubrir que la capacidad de escucha recíproca, imprescindible para la sinodalidad, no se improvisa. Por ello, buscar los medios más adecuados para entrenar en esta capacidad en todos los niveles y ámbitos.

ACCIONES

1. Formar a los agentes de evangelización en la conversación espiritual.
2. Emplear la conversación espiritual como un método privilegiado de las reuniones de los consejos pastorales, grupos de reflexión arciprestal y coordinadoras de delegaciones y secretariados.
3. Entrenar en el estilo sinodal y de la conversación espiritual a todos los niveles, desde los niños en catequesis a los diversos grupos de adultos, sin excluir los equipos directivos de colegios, cofradías y otras realidades eclesiales.
4. Incorporar los elementos de discernimiento de la Exhortación apostólica *Christus vivit* en los procesos formativos de niños, adolescentes y jóvenes.
5. Promover «atrios de los gentiles» en los que se compartan cuestiones esenciales para los participantes.
6. Preparar animadores para dinámicas de escucha que sean auténticos referentes para los destinatarios.

Ámbitos de aprendizaje de la esperanza

El obrar

El Papa Benedicto XVI propone, además de la oración, otros lugares para «aprender» la esperanza. El primero de ellos es el **obrar**. «Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto»⁷, afirma. Lo cual no es tan fácil de asumir en nuestros días. Poco a poco, parece que nos vamos haciendo más pasivos. Quizá veamos a nuestro alrededor injusticias o situaciones que podrían mejorar y que requerirían para ello de nuestro esfuerzo. Sin embargo, nos sentimos impulsados a no hacer nada o, por lo menos, a no hacer demasiado. Parece como si el ideal de vida de muchos de nosotros fuera permanecer cómodamente sentados en el sillón. El trabajo cotidiano se ve como un medio necesario para asegurar la subsistencia y para conseguir recursos con los que disfrutar del tiempo del ocio, verdadero centro de muchas existencias. Pero no se termina de descubrir lo bueno y bello que es poder colaborar con Dios en el proyecto de la creación.

¿Cómo hemos llegado a esta situación? Sin duda, a causa de los intereses de la sociedad de mercado, que requiere para su subsistencia de personas cuyo horizonte sea tan limitado como el de sólo esperar pasarlo en grande a costa de satisfacer sus antojos. Pero también de la decepción colectiva y, en muchos casos personal, de haber intentado cambiar las cosas y no haberlo conseguido. Hubo un tiempo no muy lejano en el que había otro ambiente social, en el que parecía que lo que cada uno pudiera aportar era importante e iba a cambiar las cosas. En realidad, la desilusión en la que, por contraste, ahora vivimos, es resultado de que esos empeños de antaño habían perdido de vista que los seres humanos no podemos construir el paraíso. Hay que trabajar para llegar a él, sabiendo que, en realidad, sólo entraremos si Dios nos lo permite.

No «podemos construir» el reino de Dios con nuestras fuerzas, lo que construimos es siempre reino del hombre con todos los límites propios de la naturaleza humana. El reino de Dios es un don, y precisamente por ello es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza... No obstante, aun siendo plenamente conscientes de la «plusvalía» del cielo, sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien⁸.

En muchas de nuestras comunidades parece haberse descuidado un medio muy útil para situarse adecuadamente en la perspectiva propuesta por Benedicto XVI: la pedagogía de la acción, promovida especialmente por la Acción Católica. Se trata de comprender la importancia del cristiano en la vida pública, es decir, en el ámbito de relaciones humanas no circunscrito exclusivamente al contexto eclesial, como el trabajo, la política, las asociaciones culturales y deportivas, etc.

Allí cada bautizado entiende que lo que él puede aportar tiene un valor decisivo, porque nace de una llamada de Dios discernida en la comunidad y tiende a un proyecto de Dios que le excede infinitamente. Ese «hacer» no se encierra en sí mismo, sino que, al nacer de la fe, está abierto a lo que le supera y que se recibe en esperanza.

OBJETIVO 4

Estar presentes en la sociedad y actuar desde el Evangelio para comunicar esperanza.

⁷ Spe salvi 35.

⁸ Spe salvi 35.

MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 4. Promover la creación de equipos de vida según la metodología de la Acción Católica. 5. Acoger las iniciativas que se propongan como aplicación del Congreso Nacional de Laicos sobre el eje de la «presencia en la vida pública». 6. Ofrecer formación a los laicos para que descubran la importancia de mostrarse como cristianos en su vida ordinaria sin miedos ni complejos.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 7. Introducir ya en la catequesis elementos de la pedagogía de la acción. Para ello seguir la recomendación de la Delegación de catequesis de utilizar los materiales de la Acción Católica como complemento útil a los catecismos de la Conferencia Episcopal Española. 8. Proponer la metodología de la Acción Católica como referente para los grupos de formación. 9. Recibir, difundir y aplicar las indicaciones que sugiera la Delegación de Apostolado Seglar desde las aportaciones del Congreso Nacional de Laicos. 10.

El sufrir

El dolor es otra puerta de acceso a la esperanza. Sufrimos cuando no se realizan nuestros deseos, y tanto más profundo es el sufrimiento cuanto más auténticos, más esenciales, más propios de nuestra condición humana son esos anhelos frustrados. Deseamos vivir para siempre, por esto lloramos ante la muerte. Queremos una plenitud de vigor, y por eso nos desinstala la enfermedad. Anhelamos el amor, y por eso nos deshace la soledad. Nos gustaría echar raíces, y por eso es tan cruel la emigración. Soñamos con ser respetados de acuerdo con nuestra dignidad de hijos de Dios, y por eso nos duele ser vejados, humillados, maltratados, ridiculizados... En esta vida, el sufrimiento es inevitable. Tarde o temprano, la soledad, el fracaso, la enfermedad y la muerte nos afectan a todos. Ante esta realidad, el ser humano tiene tres posibilidades.

La primera es caer en la desesperación que, llevada al extremo, conduce a desear la muerte, sea en la forma desgraciadamente legal en nuestros días de la eutanasia; sea en la del suicidio, que cada vez afecta a más personas jóvenes. La segunda es entregarse a placeres pasajeros que nos distraigan momentáneamente, reproduciendo el «comamos y bebamos, que mañana moriremos» criticado por la Escritura⁹, pues aliena nuestra dignidad y nos hace pasar la vida entera como esclavos¹⁰. La tercera es abrirse a la esperanza, para comprender que «los sufrimientos de ahora no se pueden comparar a la gloria que un día se nos descubrirá»¹¹. «Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito»¹². Éste es precisamente el mensaje que intenta transmitir la Iglesia en su constante trabajo con las personas que sufren: quienes padecen la guerra, los presos, los enfermos, muchos jóvenes, los migrantes, los ancianos y los pobres¹³. Entre todas esas situaciones, y como signo específico a realizar durante el Jubileo, la Conferencia Episcopal Española propone que nos fijemos especialmente en el terrible drama de la trata de personas.

⁹ 1Cor 15, 32.

¹⁰ Cf. Hb 2, 15.

¹¹ Cf. Rm 8, 18

¹² Spe salvi 37.

¹³ Cf. Spes non confundit 8. 9-15.

OBJETIVO 5

Estar cerca de las personas que sufren para ofrecerles la luz de la esperanza

MEDIOS

1. Procurar que toda la comunidad cristiana se sienta partícipe de la misión de la Iglesia con los que sufren, evitando que se considere como algo que sólo hacen unos cuantos especialmente inclinados a ello.
2. Consolidar el trabajo y la formación de los grupos que están presentes en las situaciones de dolor, especialmente los de Caritas, Manos Unidas, Pastoral Penitenciaria, Pastoral de la Salud, Pastoral Juvenil y Pastoral de migraciones, el Centro de Orientación Familiar y la Pastoral del trabajo.
3. Promover el compromiso y la participación de los laicos en la acción social a través del voluntariado, proporcionándoles formación.

ACCIONES

1. Salir al encuentro de las personas que sufren en el seno de nuestras comunidades para responder ante ellas.
2. Despertar en las comunidades cristianas vocaciones para el voluntariado, especialmente entre los más jóvenes, para que haya relevo generacional.
3. Ofrecer una formación adecuada a los voluntarios para que la acción de nuestras comunidades no se limite a la mera asistencia humanitaria, sino que sea realmente capaz de abrir a la esperanza teológica. Aprovechar la experiencia de las personas que en la diócesis están implicadas en la acción social y los materiales elaborados para la formación.
4. Realizar, de acuerdo con las indicaciones de la Conferencia Episcopal, campañas para la sensibilización sobre la trata de personas y para recaudar fondos destinados a las asociaciones católicas que luchan contra esta lacra.

La maternidad y la paternidad

En la Bula *Spes non confundit* el Papa Francisco hace una de sus proféticas llamadas de atención:

Mirar al futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás. Sin embargo, debemos constatar con tristeza que en muchas situaciones falta esta perspectiva. La primera consecuencia de ello es la *pérdida del deseo de transmitir la vida*. A causa de los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tuteladas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones, se asiste en varios países a una preocupante *disminución de la natalidad*. Por el contrario, en otros contextos, «culpar al aumento de la población y no al consumismo extremo y selectivo de algunos es un modo de no enfrentar los problemas» (*Laudato si'*, 50). La apertura a la vida con una maternidad y una paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y el cuerpo de los hombres y mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor. Es urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de la comunidad creyente y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque *el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas*, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda la sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza¹⁴.

¿Por qué afirma el Papa que la maternidad y paternidad depende de la esperanza? La clave la encontramos en otra pregunta, la que escuchamos durante el Pregón de la Vigilia Pascual: «¿De

¹⁴ *Spes non confundit* 9.

qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados?». Si no hay esperanza, si todo termina con la muerte, si no hubiera una vida más allá de ésta actual, ¿para qué seguir trayendo niños a este «valle de lágrimas»? ¿Por qué engendrar hijos y gastar los mejores años de la vida en la exigente tarea de criarlos y educarlos? En el fondo, sólo hay una respuesta cabal a estos interrogantes. Da la vida quien ama la vida con el amor que sólo se merece lo eterno. Da la vida quien la reconoce como el inicio y la preparación de otra más grande, que no acaba y donde sólo hay alegría. Gastan la vida en la crianza aquellos que reconocen su paternidad y maternidad como una vocación en la que se juega, en cierto modo, su acceso a la resurrección. Que haya crisis de natalidad, como la que llevamos años sufriendo en España es, en el fondo, el síntoma más claro y preocupante de la falta de esperanza. Y, al mismo tiempo, como la natalidad también «produce esperanza», la escasez de niños afecta a nuestra capacidad de aguardar la vida eterna. Los niños nos recuerdan el asombro que se merece lo más sencillo, la confianza de dormir serenos sabiendo que hay unos padres que velan su sueño, la certeza de que el propio hambre quedará saciado y todo llanto será consolado.

OBJETIVO 6	Presentar activamente la grandeza de la vocación al matrimonio y la familia.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Ayudar a la comunidad cristiana a tomar conciencia del problema de la crisis de natalidad y de las causas profundas que lo provocan. 2. Proponer la maternidad, la paternidad y la crianza de los hijos en toda su belleza, para que sea un ideal atractivo para los jóvenes.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Dar relevancia a la Jornada por la Vida. 2. Acoger las iniciativas a este respecto del Secretariado Diocesano de Familia y vida. 3. Promover en los grupos de niños, adolescentes y jóvenes una educación afectiva donde la vocación a la paternidad y maternidad tengan una especial relevancia. 4. Proponer en torno a las fiestas especialmente concurridas alguna acción de sensibilización sobre este tema

La peregrinación

Ponerse en camino es algo más que iniciar una actividad física. Supone el deseo de llegar a una meta, abandonando el punto de partida y afrontando los riesgos, las dificultades y el cansancio que sean necesarios para llegar al destino anhelado. Es, de esta forma, una imagen plástica de lo que es la esperanza. No en vano el pueblo de Israel nace de la experiencia de Abrahán, el «arameo errante»¹⁵, y se consolida en el camino del éxodo, desde Egipto hasta la Tierra prometida. «La vida cristiana es un camino, que también necesita momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús»¹⁶. En 2025, como en todo año jubilar, se nos invita a entrar en el más profundo sentido espiritual de la peregrinación.

¹⁵ Cf. Dt 26, 5.

¹⁶ Spes non confundit 5.

**OBJETIVO
7**

Profundizar en el sentido espiritual de la peregrinación.

MEDIOS

1. Programar peregrinaciones con una adecuada preparación espiritual para que no sean simples viajes turísticos, sino auténticas escuelas de esperanza.
2. Favorecer que quienes no pueden afrontar desplazamientos (los enfermos, los presos, los pobres, etc.) puedan ponerse en camino espiritualmente a los lugares santos y ganar la indulgencia en la forma prevista para ellos por la Penitenciaría apostólica.

ACCIONES

1. Organizar peregrinaciones a Roma¹⁷, a la Catedral de Ávila o al Monasterio de las Benedictinas del Tiemblo.
2. Ofrecer materiales adecuados y proponer reuniones previas para preparar la peregrinación.
3. Dar a conocer las varias posibilidades para unirse espiritualmente a una peregrinación.

La comunidad

Las virtudes teologales, siendo personales, no son individuales. En cada Eucaristía suplicamos al Señor que no tenga en cuenta nuestros pecados, «sino la fe de tu Iglesia». Es propiamente la Iglesia en su conjunto quien cree, espera y ama. Nuestras fe, esperanza y caridad propias participan de las de todo el Pueblo Santo de Dios. Sólo en él nacen, crecen y se complementan. «Nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros; sólo así es realmente esperanza también para mí»¹⁸. La comunidad no es algo meramente teórico; es algo que exige ser vivido. Sólo hay comunidad, en auténtico sentido, si hay rostros concretos. Por eso, desde el origen, la Iglesia, que es por esencia primera, primigenia y principalmente universal, se concretó en grupos locales –las diócesis, «en las cuales y desde las cuales existe la Iglesia católica una y única»¹⁹– y en otras comunidades particulares, entre las que destacan las parroquias.

Uno de los principales retos que afronta actualmente nuestra Iglesia en Ávila es la insostenibilidad del tejido comunitario en el que hasta ahora nos habíamos organizado. Muchas parroquias rurales ven su población muy mermada y sin diferencias generacionales, convenientes para una auténtica experiencia comunitaria. No puede asignarse un presbítero a cada parroquia, cuando su presencia es imprescindible para que ésta sea la imagen de la Iglesia que está llamada a ser. Además, la secularización avanza, de tal forma que, aunque haya muchos habitantes en los barrios de la ciudad o en los pueblos más grandes, no todos son ya católicos que se reúnen cada domingo para celebrar la Eucaristía.

Las parroquias no pueden verse como meras estructuras jurídicas en las que garantizar una cierta organización y desde las que atender una serie de servicios porque, si así fuera, se desvirtuaría su esencia. Deben ser ámbitos de auténtica experiencia comunitaria, ministerial,

¹⁷ *Nota importante:* dada la gran afluencia de peregrinos que se esperan en Roma para 2025, toda peregrinación a esta ciudad tiene que ser coordinada por la Delegación Diocesana de Peregrinaciones, porque exige una serie de protocolos muy particulares de obligado cumplimiento durante el Jubileo.

¹⁸ Spe salvi 48.

¹⁹ CIC 368; cf. ChD 11.

eucarística, en las que cada miembro viva y comparta su fe, esperanza y caridad. Ése, y no otro, es el sentido de crear «unidades pastorales»: fomentar la vida teologal. Por eso no basta que un mismo presbítero atienda varias parroquias. Los católicos que viven en ellas deben ir adquiriendo conciencia de que son una única y la misma comunidad, en corresponsabilidad sinodal con sus sacerdotes y congregados en torno a la misma Eucaristía.

<p>OBJETIVO 8</p>	<p>Potenciar cada unidad pastoral formando a sus integrantes para que se sepan miembros de una única y misma comunidad congregada en torno al Evangelio y la Eucaristía, donde es posible experimentar la vida teologal</p>
<p>MEDIOS</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1. Revisar las Unidades pastorales existentes y la distribución del clero para una mejor atención de todo el Pueblo de Dios. 2. Favorecer la conciencia de ser cada unidad pastoral una única comunidad mediante la constitución de un solo consejo pastoral, único para todas las parroquias de la unidad²⁰, de equipos sectoriales que atienden indistintamente todas las parroquias de la unidad, y la convocatoria de encuentros anuales celebrativos y festivos. 3. Formar al Pueblo de Dios para que pueda entender y valorar la importancia de la comunidad cristiana, especialmente en la catequesis. 4. Participar activamente en el discernimiento que se está realizando estos años en la Iglesia en Castilla. 5. Potenciar la ministerialidad laical.
<p>ACCIONES</p>	<ol style="list-style-type: none"> 1. De acuerdo con lo dispuesto en el directorio sobre la Nueva Atención pastoral a las unidades parroquiales, celebrar una sola Vigilia Pascual por unidad²¹. 2. Donde sea posible, ir proponiendo paulatinamente unificación de otras celebraciones: Ascensión, Corpus Christi, Navidad, Inmaculada Concepción, fiestas patronales, etc. 3. Procurar que esas celebraciones no se limiten al rito litúrgico, sino que en torno a ellas haya un auténtico encuentro comunitario 4. Constituir el único consejo pastoral de la unidad y convocarlo al menos tres veces al año, según la metodología sinodal y lo indicado en el objetivo 3. 5. Discernir qué personas pueden ser referentes cristianos en cada una de las antiguas parroquias, para ser referentes locales que ayudan a una acogida de calidad, a promover la vida teologal y a favorecer la integración efectiva y afectiva en la dinámica comunitaria de la unidad pastoral. 6. Establecer un calendario para la unificación de la catequesis, donde sea posible, de los servicios de caritas y de los grupos de formación cristiana. 7. Trabajar en los grupos de reflexión arciprestal el itinerario propuesto por la Iglesia en Castilla

La relación con la creación

No sólo cada ser humano, por haber sido creado por Dios en previsión de infundir en él la virtud de la esperanza, tiene un corazón orientado hacia la vida eterna. Dado que toda la creación

²⁰ El funcionamiento de estos consejos pastorales debe entenderse a la luz de lo expuesto en la Conclusión 1 del encuentro diocesano celebrado en 2024 como conclusión del anterior plan pastoral.

²¹ Cf. Nueva atención pastoral a las unidades parroquiales, Ávila (2014), p. 12.

16

aguarda el retorno de Cristo y su entrada en la plenitud divina que acontecerá al final de los tiempos²², cuanto existe está, sin excepción, «en estado de esperanza». Según un conocido filósofo español, todo lo que existe son «núcleos de operación activa en estado de pretensión». Pretenden la plenitud de su propio ser²³. Así, el contacto con la naturaleza se torna también en una escuela de esperanza. Contemplar su belleza supone, en el fondo, abrirse a esa plenitud de hermosura que sólo recibirá al final de los tiempos, y a la que en el momento actual aspira. De hecho, el problema ecológico de nuestros días sólo es cabalmente comprensible teniendo en cuenta otra crisis previa y más profunda, la de la esperanza.

En efecto, el abuso y la destrucción de los recursos naturales se basa en tres postulados falsos, resultado de la pérdida del anhelo de vida eterna. El primero es la ideología del progreso, según la cual la humanidad, por sus solas fuerzas, avanzaría hacia la total satisfacción de sus anhelos mediante el uso de la técnica. Lo creado pasa así de ser objeto de contemplación en su estado expectante, y se convierte en mera materia que manipular para alcanzar las metas humanas. «Es como si el sujeto se hallara frente a lo informe totalmente disponible para su manipulación»²⁴. Para justificar que la técnica y la economía puedan usar y abusar de los recursos del planeta hasta «estrujarlos», se actúa como si éstos fueran infinitos. Es el segundo postulado falso, el de aceptar implícitamente que las realidades de este mundo ya están dotadas físicamente de la eternidad que sólo se hará efectiva en el venidero. Todo esto se debe al tercer factor, la pérdida de la capacidad de escucha. La esperanza, como veíamos antes, nace de una doble escucha: la de los más profundos deseos de nuestro corazón, y la de las promesas de Cristo que corresponden a ellos, desbordándolos. Sin embargo, no sólo nos hemos vuelto sordos al canto de la naturaleza; lo hemos hecho también al de nuestro propio cuerpo, a la seducción con que lo atraen la verdad, el bien y la belleza. Los Papas hablan de «ecología humana» para referirse a esa «necesaria relación de la vida del ser humano con la ley moral escrita en su propia naturaleza»²⁵, que supone, entre otras cosas, «la aceptación del propio cuerpo como don de Dios»²⁶, valorando su propia femineidad o masculinidad y acogéndolas como don que enriquece precisamente por su diferencia y complementariedad. Esta vinculación entre verdad, bondad y belleza del propio cuerpo en su identidad última, también sexual, es fundamental para leer adecuadamente la promesa de esperanza contenida en el libro de la naturaleza, que es «uno e indivisible, tanto en lo que concierne al ambiente como a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral»²⁷.

²² Cf. Rm 8, 19-21: «La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquél que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios».

²³ Cf. P. LAÍN ENTRALGO, *La espera y la esperanza. Historia y teoría del esperar humano*, Madrid (Revista de Occidente) 1957, 37: «Las criaturas son, pues, núcleos de operación activa en estado de pretensión. En pretensión, ¿de qué? ¿Qué pretende su constitutiva actividad? Ontológicamente, la plenitud de su propio ser».

²⁴ FRANCISCO, *Laudato si'* (2015) 106. El Papa recuerda a continuación que «la intervención humana en la naturaleza siempre ha acontecido, pero durante mucho tiempo tuvo la característica de acompañar, de plegarse a las posibilidades que ofrecen las cosas mismas. Se trataba de recibir lo que la realidad natural de suyo permite, como tendiendo la mano. En cambio ahora lo que interesa es extraer todo lo posible de las cosas por la imposición humana, que tiende a olvidar la realidad misma de lo que tiene delante».

²⁵ *Laudato si'* 155.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* (2009) 51.

OBJETIVO 9	Cuidar la «casa común», la naturaleza creada por Dios, cultivando una actitud contemplativa y respetuosa que nos permita reconocer cómo está aguardando su plenitud en el último día.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Promover el contacto con la naturaleza. 2. Adquirir en los espacios eclesiales hábitos saludables para el medio ambiente. 3. Animar a un estilo de vida sobrio, alejado del consumismo, que no abuse innecesariamente de los recursos naturales.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Realizar excursiones a la naturaleza. 2. En las instalaciones eclesiales donde sea posible, ir implantando el uso de energías limpias y reducir el consumo a lo realmente indispensable. 3. Entablar diálogo y colaboración con grupos interesados en la ecología, tratando de abrir ante ellos la virtud de la esperanza ante la escucha de la naturaleza. 4. Promover en la catequesis y en la formación laical el amor a la creación y la necesidad de cuidarla y protegerla.

Las exequias

La manera en que un cristiano afronta la muerte, la propia y la de sus seres queridos, manifiesta su esperanza en la resurrección. Por eso resultan muy preocupantes una serie de fenómenos que se ven cada vez con mayor frecuencia entre quienes solicitan las exequias católicas:

1. Comienza a extenderse una cierta conciencia de «privatización de la muerte». Es una forma de dejarse contagiar del individualismo socialmente extendido que, como hemos visto anteriormente, contradice las raíces mismas de la esperanza cristiana. Ésta sólo existe como participación en la esperanza de la Iglesia como comunidad de los redimidos. Signos de esta tendencia son, por ejemplo, la cada vez mayor solicitud de celebrar las exequias en las capillas de los tanatorios en vez de en las parroquias, que es donde se convoca a todo el pueblo; o la petición de celebraciones «en la estricta intimidad familiar». De hecho, con ello se produce una quiebra de la lógica humana. Precisamente cuanto más afectados estamos por la muerte de un ser querido, más necesitamos de la compañía de otros. El mejor consuelo a nuestras lágrimas no son discursos bienintencionados, sino el llanto de un amigo que llora a nuestro lado. A veces tras una muerte repentina e inesperada tendemos a no querer ver a nadie, a hacer las exequias como un trámite que tiene que terminar cuanto antes y cerrado a los más allegados. Sin embargo, lo que más nos ayuda en esos momentos es justamente lo contrario: estar con otros, celebrar con sosiego, reconocer que necesitamos el consuelo y que, en cierto sentido, tenemos derecho a recibirlo de nuestra comunidad de fe.
2. Los velatorios son cada vez menos «capillas» ardientes, en el sentido de que extrañamente se reza en ellos. Pocas veces se llama ya a los sacerdotes para mantener la piadosa costumbre de encomendar a Dios el alma de los agonizantes en el momento de dejar este mundo. Las múltiples ocupaciones de los párrocos no les permiten ir siempre a rezar a los tanatorios, y no resulta fácil encontrar personas en la comunidad que puedan realizar esa necesaria tarea.

3. En ocasiones las celebraciones exequiales son un monólogo del sacerdote. Nadie responde a los diálogos litúrgicos, pocos comulgan, no hay canto... Con frecuencia son familiares muy alejados de la práctica religiosa quienes, cumpliendo la voluntad del difunto, solicitan entierros católicos; pero no saben cómo desenvolverse en una ceremonia. Sería bueno que en cada parroquia hubiera un grupo de personas que se responsabilizaran de que ese hermano es despedido por cristianos que rezan por él, que participan conscientemente de la Eucaristía, que ejercen los distintos ministerios litúrgicos laicales –lecturas, moniciones, cantos...– para que las celebraciones sean expresiones auténticas de la fe de la Iglesia y medios adecuados para transmitir la esperanza.
4. En esta función evangelizadora de la liturgia juega un papel esencial la homilía del sacerdote. Ésta, sin convertirse nunca en una clase de teología, tampoco puede transformarse en un mero elogio del difunto, ni mucho menos dar por supuesta su salvación olvidando la enseñanza fundamental de la Iglesia acerca del Juicio, del Purgatorio y de la necesaria oración de sufragio que elevan los vivos por los muertos. De hecho, éstos tres son también lugares de aprendizaje de esperanza, como recordaba Benedicto XVI²⁸. La calidez humana, el cariño, la compasión por la familia que sufre la pérdida de un ser querido no está reñida con la presentación de la verdadera esperanza, que nunca es un «mérito» del hombre, sino un don de Dios.
5. Los restos mortales de los difuntos deben reposar en un lugar sagrado: en un cementerio o en un columbario, si es que se ha optado por la cremación²⁹. Sin embargo, cada vez son más los que, dejándose llevar por modas o por conceptos explícitos o implícitos contrarios a la doctrina cristiana, realizan prácticas extrañas, como la de conservar en el hogar las cenizas de los difuntos, o esparcirlas al aire, o enterrarlas en un bosque, etc. En este sentido, hay que recordar la enseñanza católica, que no admite dudas al respecto:

Enterrando los cuerpos de los fieles difuntos, la Iglesia confirma su fe en la resurrección de la carne, y pone de relieve la alta dignidad del cuerpo humano como parte integrante de la persona con la cual el cuerpo comparte la historia. No puede permitir, por lo tanto, actitudes y rituales que impliquen conceptos erróneos de la muerte, considerada como anulación definitiva de la persona, o como momento de fusión con la Madre naturaleza o con el universo, o como una etapa en el proceso de reencarnación, o como la liberación definitiva de la «prisión» del cuerpo.

Además, la sepultura en los cementerios u otros lugares sagrados responde adecuadamente a la compasión y el respeto debido a los cuerpos de los fieles difuntos, que mediante el Bautismo se han convertido en templo del Espíritu Santo y de los cuales, «como herramientas y vasos, se ha servido piadosamente el Espíritu para llevar a cabo muchas obras buenas».

Tobías el justo es elogiado por los méritos adquiridos ante Dios por haber sepultado a los muertos, y la Iglesia considera la sepultura de los muertos como una obra de misericordia corporal.

Por último, la sepultura de los cuerpos de los fieles difuntos en los cementerios u otros lugares sagrados favorece el recuerdo y la oración por los difuntos por parte de los familiares y de toda la comunidad cristiana, y la veneración de los mártires y santos.

Mediante la sepultura de los cuerpos en los cementerios, en las iglesias o en las áreas a ellos dedicadas, la tradición cristiana ha custodiado la comunión entre los vivos y los muertos, y se ha opuesto a la tendencia a ocultar o privatizar el evento de la muerte y el significado que tiene para los cristianos³⁰.

²⁸ Cf. *Spe salvi* 41-48.

²⁹ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Ad resurgendum cum Christo* (2016) 4: «La Iglesia sigue prefiriendo la sepultura de los cuerpos, porque con ella se demuestra un mayor aprecio por los difuntos; sin embargo, la cremación no está prohibida, a no ser que haya sido elegida por razones contrarias a la doctrina cristiana».

³⁰ *Ad resurgendum cum Christo* 3.

OBJETIVO 10	Preservar el sentido de los ritos exequiales de la liturgia, procurando celebrarlos cada vez con mayor autenticidad para que sean auténticos ámbitos de transmisión de la esperanza
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Promover la creación de grupos de fieles que asuman el acompañamiento en todo lo relacionado con la muerte y sepultura, dotándoles de la formación adecuada. 2. Cuidar los ritos exequiales como una auténtica oportunidad evangelizadora. 3. Poner en práctica lo establecido en el Directorio diocesano de exequias.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Discernir la vocación de personas aptas para el acompañamiento de la muerte, la sepultura y el duelo y ofrecerles medios adecuados para su formación a través de la Extensión cultural de la diócesis, del Instituto de Ciencias Religiosas, de la Delegación de liturgia y de una eventual escuela diocesana de acompañamiento espiritual. 2. Ofrecer a los sacerdotes en la formación permanente del clero una sesión de actualización sobre escatología. 3. Poner en valor los cementerios y columbarios como lugares sagrados, estudiando la posibilidad de realizar en ellos o en sus capillas celebraciones eucarísticas, liturgia de las horas o liturgias de la Palabra una vez al trimestre.

La esperanza fundada en la encarnación de Cristo

El contenido más específico, sorprendente y atractivo de la esperanza cristiana es que, unidos a Cristo por el Espíritu Santo que recibimos en los sacramentos, podemos llegar a ser divinizados. Es decir, el Señor, que quiso compartir nuestra naturaleza humana, nos ofrece llegar a compartir su condición divina. Por eso no esperamos –a imagen de otras religiones y filosofías– la vida eterna como una simple inmortalidad del alma que sería recompensada por sus buenas obras. Es algo mucho más grande que eso. Al afirmar que esperamos la resurrección de la carne lo que estamos diciendo es que un día, por la gracia del Espíritu, participaremos en el destino glorioso de Jesús, con Jesús y como Jesús. Lo que le ha sucedido a él la mañana de Pascua lo recibiremos también nosotros al final de los tiempos, el día de su retorno glorioso, igual que se ha beneficiado anticipadamente la bienaventurada Virgen María en el misterio de su Asunción. El Hijo de Dios se hizo hombre para que los hombres llegáramos a ser hijos de Dios. Participó de nuestra humanidad, incluso en el trance más repulsivo, el de la muerte de cruz, para que nosotros pudiéramos participar de su divinidad.

La fuerza de esta afirmación es tan sorprendente que hasta un intelectual militantemente ateo como lo fue José Luis Sampedro dejó constancia de ello en un pasaje de una de sus novelas más significativas:

¡Ved muerto a Dios y estremeceos!... Porque ése es el misterio más patético y el que más espanta y acobarda al meditarlo; ese de que Dios haya llevado en sí, además de todo, también la nuececilla dura y amarga del morir. Pero yo pienso esto: que me sería más fácil creer en un Dios incapaz de morir; pero me sería más difícil poner en sus manos mi esperanza. Porque su muerte es la hermosa puerta de la resurrección; y la resurrección de Dios es la esperanza de mi resurrección. Así, sólo así, hermanos, tengo

fuerza para continuar solo y solo, para sostener mi vida, aunque pecadora, con dignidad durante la espera³¹.

Por eso es imprescindible una adecuada comprensión del misterio de Cristo, en la que se unifiquen armónicamente los grandes hitos de su Misterio: encarnación, muerte y resurrección. Desgraciadamente esto no es algo que podamos dar por descontado en la mayoría de nosotros. Seguimos contemplando la muerte del Crucificado desde un mero sentimiento de compasión humana por el trágico destino del Inocente. La Resurrección de Jesús es vista casi como una especie de relato fantástico, como el necesario *happy end* con el que coronar el drama de la Pasión. Pero, sobre todo, nos falta terminar de asumir en profundidad el misterio de la Encarnación. Con gran lucidez lo describe un autor contemporáneo:

En la actualidad, la cristología se encuentra eclipsada. Seguimos afirmando que «Dios se ha hecho hombre». Pero en gran medida desplegamos una hermenéutica invertida, proyectando una imagen de «Dios» que emana de nuestra comprensión de lo que es el hombre. El resultado es caricaturesco. Lo divino es reducido a nuestra medida. El hecho de que muchos contemporáneos rechacen a este «Dios» falsificado es, en muchos sentidos, un indicio de su sensatez³².

En este sentido, es providencial que también el año 2025 se cumplan los mil setecientos años de la celebración del Primer Concilio Ecuménico en el que la Iglesia determinó con precisión la auténtica condición divina del Señor Jesús. El Papa Francisco habla precisamente de esta efeméride en la Bula *Spes non confundit*, en la que afirma que esta Asamblea reunida en Nicea «tuvo la tarea de preservar la unidad, seriamente amenazada por la negación de la plena divinidad de Jesucristo y de su misma naturaleza con el Padre»³³.

OBJETIVO 11	Fomentar el conocimiento del dogma niceno para afianzar desde la divinidad de Cristo la virtud de la esperanza.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none">1. Valorar la riqueza contenida en el Símbolo Nicenoconstantinopolitano.2. Profundizar teológica y espiritualmente en el contenido del dogma y en sus consecuencias para la esperanza.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none">1. Preferir la recitación del Símbolo Niceno durante la celebración de la Eucaristía los domingos y solemnidades.2. Ofrecer conferencias y cursos de profundización en las claves del Concilio de Nicea.3. Dar a conocer en la catequesis el Símbolo Niceno y rezarlo de forma habitual.

³¹ J.L. SAMPEDRO, *El río que nos lleva*, Barcelona (Destino) 1993, 100.

³² E. VARDEN, *Castidad. La reconciliación de los sentidos*, Madrid (Encuentro) 2023, 106.

³³ *Spes non confundit* 17.

La fe es el admirable medio
para ir al término, que es Dios
(cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte carmelo* II, 2, 1)

La virtud de la fe

«La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios»¹. En esta definición del Catecismo se conjugan dos dimensiones que están ligadas en unidad profunda y que, aunque diferenciables, son inseparables: el acto con el que se cree (*fides qua*) y la aceptación de los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento (*fides quae*). Ambas están unidas, pues «Dios es la sustancia de la fe y el concepto de ella»². Lo primero consiste en una entrega plenamente libre de la totalidad de nuestras personas a Dios. Lo segundo supone saber quién es ese Dios al que nos entregamos, conocer qué nos ha dicho de Sí mismo, de nosotros y del camino que podemos transitar para llegar a Él. Estos dos polos van siempre unidos. Sin aceptar la revelación de Dios, que la Iglesia transmite a través de sus dogmas y doctrina, donarle nuestras personas sería algo «ciego», una completa locura indigna de nuestra inteligencia, un mero emotivismo basado en la fugacidad de los sentimientos³, contra el que nos previene San Juan de la Cruz⁴. Pero sin la entrega total de nosotros mismos, todos los contenidos que podamos adquirir o estudiar se tornarían huecos, tan vacíos como cualquier ideología.

Para entender todo esto, quizá sea útil acudir a un ejemplo. Imaginemos un policía que, accediendo en el curso de una investigación a los datos de una persona, puede llegar a saber muchas cosas de ella: cómo se llama, quiénes son sus padres, dónde vive, qué compra, qué relaciones frecuente... Conocerá mucho de ella, pero si nunca la ha saludado, si no ha compartido tiempo, silencio y palabras con ella, si no hay una relación interpersonal propiamente dicha, nunca podrá llamarse amigo suyo. Lo primero es entablar ese contacto frecuente, esa intimidad de un corazón que habla a otro corazón⁵. Cuando esto sucede, entonces es normal que uno quiera conocer cada vez más de la persona amada, y que a su vez se disponga a compartir con ella todos sus secretos. Nos resulta absurdo e hilarante que alguien se llame amigo de una persona a la que no conoce realmente. En definitiva, el conocimiento no sustituye al amor; pero no se puede amar sin saber quién es el otro y sin querer conocerlo cada día más y mejor. Bien lo sabía Israel, para

¹ CCE 1814.

² S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* (B) 1, 1.

³ Cf. FRANCISCO, *Lumen fidei* (2013) 24: «El hombre tiene necesidad de conocimiento, tiene necesidad de verdad, porque sin ella no puede subsistir, no va adelante. La fe, sin verdad, no salva, no da seguridad a nuestros pasos. Se queda en una bella fábula, proyección de nuestros deseos de felicidad, algo que nos satisface únicamente en la medida en que queramos hacernos una ilusión. O bien se reduce a un sentimiento hermoso, que consuela y entusiasma, pero dependiendo de los cambios en nuestro estado de ánimo o de la situación de los tiempos, e incapaz de dar continuidad al camino de la vida».

⁴ Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* (A) 1, 2: «si el alma sintiere grande comunicación o noticia de Dios u otro algún sentimiento, no por eso se ha de persuadir a que aquello sea tener más a Dios o estar más en Dios, ni tampoco que aquello que siente o entiende sea esencialmente Dios, aunque más ello sea; y que, si todas esas comunicaciones sensibles e inteligibles le faltaren, no ha de pensar que, por eso, le falta Dios».

⁵ Expresión atribuida a Francisco de Sales que S. John Henry Newman adopta como lema cardenalicio: *cor ad cor loquitur*.

quien el verbo «conocer» no tiene un sentido meramente intelectual, sino que implica también una carga afectiva, que puede llegar al extremo de ser sinónimo de la intimidad más profunda y física⁶. Pues bien, eso es lo que sucede con la fe. No nace del estudio, sino del encuentro con Dios⁷. Una vez que éste ha sido reconocido y amado, una vez que «su presencia y su figura»⁸ nos ha fascinado y seducido, entonces, sólo entonces, tiene sentido utilizar todas nuestras capacidades, también las intelectuales, para conocer más a quien queremos amar y servir mejor⁹.

De este modo, topamos con uno de los principales retos para nuestra Iglesia diocesana. En los últimos años hay una gran demanda de formación, como puede verse, por ejemplo, en el tercer objetivo planteado como conclusión del anterior Plan Pastoral. Esto es algo muy bueno, porque denota la inquietud de los bautizados en profundizar en su fe. Pero es importante estar alerta, para no caer en un riesgo de un intelectualismo que, a la postre, no serviría de mucho. La auténtica formación cristiana debe ser integral. No sólo se trata de profundizar en conceptos, o de adquirir destrezas o de asomarse a teorías. Todo eso está muy bien, pero precisa enmarcarse en un proceso en el que lo esencial sea el encuentro con Cristo resucitado y la profundización en esta experiencia con todas las potencias humanas: razón, sí; pero también corazón. O, lo que es lo mismo, en lenguaje de san Juan de la Cruz: entendimiento y memoria, sin duda; pero también la voluntad.

OBJETIVO 12	Articular en los distintos ámbitos diocesano, arciprestal, parroquial y otros procesos formativos de inspiración catecumenal para laicos en los que se conjugue el crecimiento intelectual con el experiencial para favorecer así un auténtico crecimiento en todas las dimensiones de la fe.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Renovar el Instituto de Ciencias Religiosas para que capacite a los laicos para asumir tareas y poder ser instituidos en los ministerios laicales, así como procurar un acompañamiento personalizado de sus profesores a los alumnos. 2. Crear, donde sea posible, escuelas diocesanas, arciprestales y parroquiales de inspiración catecumenal, que aborden distintas propuestas formativas, procurando siempre que se realicen de manera integral. 3. Conocer y ofrecer el catecumenado como un medio de formación integral para las personas de todas las edades.

⁶ Cf. *Lumen fidei* 14: «Desde una concepción individualista y limitada del conocimiento, no se puede entender el sentido de la mediación, esa capacidad de participar en la visión del otro, ese saber compartido, que es el saber propio del amor».

⁷ Cf. *Lumen fidei* 4: «La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por ese amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro».

⁸ S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* 11, 4 (verso 55 de la poesía). El Santo aclara: «Esta presencia que aquí pide al Amado que le descubra, principalmente se entiende de cierta presencia afectiva que de sí hizo el Amado al alma».

⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Porta fidei* (2011) 10: «El conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es Palabra de Dios».

ACCIONES

1. Elaborar, por parte de la Extensión cultural de la diócesis, propuestas formativas que incorporen las distintas dimensiones del acto de fe.
2. Renovar el Directorio diocesano de los sacramentos de Iniciación Cristiana de acuerdo con las indicaciones del Directorio para la Catequesis sobre la experiencia de la fe.
3. Crear y potenciar escuelas para laicos llamados a ministerios o tareas específicas al servicio de la comunidad cristiana, de modo que se ofrezca un itinerario de formación integral que les capacite para el servicio que se les pide.
4. Usar para la formación de catequistas el Plan de formación elaborado por la Delegación de catequesis, que contiene las claves del Directorio para la Catequesis.
5. Formar en todos los arciprestazgos equipos que se encarguen del catecumenado de las personas, de cualquier edad, que piden el Bautismo, y de aquellos que quieren volver a la Iglesia y necesitan una reiniciación.

Los preámbulos de la fe

Al igual que en el caso de la esperanza y de lo que sucede con la caridad, nadie puede creer si Dios no se lo concede; pero, al mismo tiempo, la fe en Dios es una tendencia profundamente inscrita en la naturaleza humana. En nuestros días, muchos se declaran ateos o agnósticos. La brecha que los separa de los creyentes parece acrecentarse sin remedio. A veces hay mofa explícita, sea del hecho mismo de creer, o de los contenidos de la fe, o de algunos aspectos de la organización eclesial. Otras veces se trata de simple indiferencia. Dicen tolerar que haya personas cristianas, pero dan por supuesto que nada de lo que dicen pueda tener importancia para ellos. En este contexto, se torna cada vez más necesario tender puentes, encontrar ámbitos en los que creyentes y no creyentes lleguemos a encontrarnos. Nosotros tenemos mucho que aprender de los que viven alejados de la Iglesia, pues incluso tras sus reproches puede haber una llamada del Señor para purificarnos. Ellos, por su parte, no dejan de ser «capaces de Dios». Hay en cada ser humano una potencia de escucha que, si es superiormente iluminada por la Gracia, puede abrir al encuentro con el Resucitado¹⁰. Para eso es imprescindible suscitar y fomentar foros de encuentro, escucha y diálogo respetuoso que, en primer lugar, no busque convencer a nada de nadie; sino sencillamente poner de manifiesto que todos los seres humanos compartimos una búsqueda común: de sentido, de belleza, de bien, de convivencia, de relaciones auténticas, de trascendencia... Tales ámbitos fueron llamados por Benedicto XVI, a partir de una imagen bíblica, «atrios de los gentiles».

Todo esto nos puede dar la impresión de estar en un ámbito, el del mundo de la cultura, aparentemente lejano de la vida cotidiana de nuestras parroquias. Ciertamente, las instituciones educativas de la Iglesia tienen un papel muy importante que jugar en este sentido. Ningún profesor católico debería resignarse a quedar al margen de los debates en los que se plantean los problemas de fondo para el ser humano. Pero también afecta a las comunidades más sencillas y, de forma muy especial, a las familias cristianas. Uno de los aspectos de la fe es reconocer en Cristo la respuesta de Dios a los interrogantes más profundos del ser humano¹¹. ¿Pero qué pasa cuando

¹⁰ Cf. *Lumen fidei* 35: «La fe concierne también a la vida de los hombres que, aunque no crean, desean creer y no dejan de buscar. En la medida en que se abren al amor con corazón sincero y se ponen en marcha con aquella luz que consiguen alcanzar, viven ya, sin saberlo, en la senda hacia la fe».

¹¹ Cf. *Lumen fidei* 35: «La confesión cristiana de Jesús como único salvador sostiene que toda la luz de Dios se ha concentrado en él, en su “vida luminosa”, en la que se desvela el origen y la consumación de la historia. No hay

estas cuestiones no se manifiestan? No hay nada más ridículo que la respuesta a una pregunta que no se ha planteado. Por eso, la propuesta cristiana que se transmite en la catequesis y en otras formas de predicación resulta absurda para muchos de nuestros contemporáneos. Así, el primer paso en la transmisión de la fe comienza cuando los padres enseñan a sus hijos, los maestros a sus alumnos y los catequistas a sus catecúmenos, a no vivir dejándose llevar, a tener un pensamiento crítico, a que descubran el verdadero peso de la existencia y las cuestiones a las que todos, antes o después, tendremos que enfrentarnos en nuestra vida.

OBJETIVO 13	Potenciar la búsqueda sincera de todo corazón humano, el debate en torno a las cuestiones fundamentales de la existencia, ayudando a la gente a que sean capaces de plantearse, desde una escucha sincera y la convicción de que toda la humanidad camina junta hacia la Verdad.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Promover «atrios de los gentiles», donde personas con diversas ideas y tendencias puedan debatir con respeto y afán constructivo. 2. Suscitar el espíritu crítico en las nuevas generaciones, ayudándoles a que se planteen las cuestiones esenciales de la vida y dotándoles de los recursos humanísticos necesarios para que hallen respuestas. 3. Ofrecer encuentros de oración que abran el corazón de los no creyentes a la trascendencia.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Crear «atrios de los gentiles» en la UCAV y en los colegios católicos de la diócesis. 2. Plantear la formación del profesorado de los centros católicos y de los profesores de religión de los centros públicos para que puedan suscitar en sus alumnos el espíritu crítico y las cuestiones fundamentales. 3. Preservar en los centros católicos de enseñanza las disciplinas de humanidades, potenciándolas, privilegiándolas y buscando creativamente soluciones para su desarrollo incluso si hubiera planes educativos estatales que las pretendieran marginar. 4. Ofrecer escuelas de padres en las parroquias donde se ofrezcan herramientas para trabajar con sus hijos estas cuestiones. 5. Que cada comunidad cristiana y los monasterios ofrezcan encuentros periódicos de oración donde, a través del silencio, la música y de la Palabra de Dios, se ayude a las personas a abrir el corazón a Dios. 6. Escuchar y discernir en qué ámbitos y acciones organizadas fuera de la Iglesia hay que estar presentes para suscitar, desde la cercanía, las preguntas fundamentales.

El inicio de la fe

Si, como hemos dicho anteriormente, la fe es una relación del hombre con Dios, si creer en Él es amarlo¹², entonces en el inicio de la fe debe encontrarse el asombro. Uno sólo ama lo que admira; sólo se entrega a una bondad y a una belleza que de ningún modo pueden haber salido de él y que, siendo distintas de sí, le ofrecen callada o abiertamente la promesa de una unión. Si la

ninguna experiencia humana, ningún itinerario del hombre hacia Dios, que no pueda ser integrado, iluminado y purificado por esta luz».

¹² Cf. S. AGUSTÍN, *In Ioannis evangelium* XXIX, 6: «¿Qué es, pues, creer en él? Amarlo creyendo, quererlo creyendo, ir a él creyendo, dejarse incorporar a sus miembros».

sorpresta está en el origen de todo amor, mucho más cuando se trata de Dios¹³. Él es la Verdad, la Bondad y la Belleza, y se manifiesta inesperadamente ante cada uno de nosotros llamándonos a permanecer siempre con Él a través de su Hijo Resucitado gracias a la acción del Espíritu Santo. Este maravilloso estupor de la fe ha sido tradicionalmente expresado con una frase inspirada en Tertuliano, autor del siglo II: «¡Creo porque es absurdo!»¹⁴. Lo que llega al conocimiento de quien por primera vez accede a la fe es algo tan grande, tan increíble, tan inesperado, tan gozoso, tan completamente distinto a todo lo demás que hallamos en este mundo, que tiene que ser verdad; porque rompe de tal manera nuestros esquemas preconcebidos y con todo lo que de manera directa podemos aprender por la experiencia, que bajo ninguna forma puede verse como el resultado de una teoría, de una alucinación o del sueño de un sabio ni de un loco. Es tan diferente a todo lo humano que sólo puede ser verdad, por ser lo único digno de Dios, el totalmente Otro. Y, como es en el fondo la Verdad que secretamente anhela nuestro corazón, al intuirlo, al percibir que está ante nosotros, convocándonos, quedamos desbordados de alegría.

¿Qué es eso tan fantástico que se descubre en el inicio de la fe? Lo que la Iglesia ha llamado *kerygma* o primer anuncio: que Dios existe, que nos ama, que en Cristo se ha entregado por nosotros y ha resucitado, y que enviando su Espíritu nos abre las puertas de la salvación¹⁵. Sin presentar esto explícitamente, y sin aceptarlo con inmensa alegría por parte del receptor, no tiene ningún sentido iniciar procesos de catequesis o de formación cristiana. Supondría empezar la casa por el tejado. De hecho, es algo tan fundamental y fundante, que no solamente está al inicio del acto de fe, sino que una y otra vez hay que volver a esta experiencia para poder crecer en la relación con Dios. De ahí el grave riesgo de «abandonar el amor primero», del que advierte en el *Apocalipsis* el ángel a la Iglesia de Éfeso¹⁶.

El gran reto para la Iglesia en los países de antigua cristiandad es que se nos ha olvidado cómo se hacen nuevos cristianos. Durante mucho tiempo la transmisión de la fe, al menos en sus primeros pasos, venía dada social y familiarmente. Las parroquias simplemente tenían que ofrecer los medios necesarios para que cada persona prosiguiera un camino que había iniciado en el hogar. Esto ya no es así. Y lo peor es que no terminamos de tomar conciencia de la nueva situación. Como bien recordaba el reciente Congreso Nacional de Laicos, ahora mismo el reto es el primer anuncio. No porque sea lo único que debemos hacer; sino porque sin él todo lo demás carece de sentido.

Existen actualmente algunas iniciativas de primer anuncio. Por supuesto, éste no puede reducirse a meras actividades programadas. Puede ser primer anuncio, y más eficaz que ningún método, la conversación que se mantiene con un compañero de trabajo, la entrevista del párroco con quienes vienen a solicitar cualquier servicio, la simple oración de una abuela que reza piadosamente con sus nietos... Sin embargo, las metodologías de nueva evangelización aportan dos ventajas. La primera, que realmente son eficaces. Es un hecho comprobado, también en nuestra diócesis, que personas alejadas de la fe, siguiendo alguna de esas propuestas, la han descubierto y se han incorporado a la comunidad cristiana. Después de todo, «la fe viene del

¹³ No en vano, el escritor británico C.S. LEWIS describió su conversión en un libro que significativamente lleva por título: *Surprised by joy* (versión castellana *Cautivado por la alegría*, Madrid [Encuentro] 2016).

¹⁴ La frase suele citarse en latín: *credo quia absurdum*. El texto de Tertuliano en el que se basa y al que, en cierto sentido, resume, dice literalmente así: «El Hijo de Dios fue crucificado; no me avergüenza, porque es vergonzoso. El Hijo de Dios murió; podemos creerlo, porque es ridículo. Y, sepultado, resucitó; es cierto, porque es imposible» (*De carne Christi* V, 4).

¹⁵ Son las grandes verdades de las que habla a los jóvenes FRANCISCO, *Christus vivit* (2019) 111-133.

¹⁶ Ap 2, 4.

mensaje que se escucha»¹⁷, y eso que es necesario escuchar para creer es el anuncio explícito de Jesucristo¹⁸. Y segunda –la principal–, que más allá del éxito que puedan tener con los destinatarios, el hecho es que educan a quienes las organizan –que en la mayoría de los casos deben ser preferentemente laicos– a perder el miedo de hablar de Jesucristo, a descubrir que no hay nada mejor que pueda hacerse en esta vida que compartir con otros hermanos el gozo de haberlo encontrado, ya que sólo a su lado alcanzamos la salvación. Por eso sorprende que en el curso 2021-2022, cuando tratamos el tema de la misión en el anterior plan pastoral, a pesar de que se invitaba a todas las comunidades a ensayar iniciativas de este tipo, fueron muy pocas las que se atrevieron a hacerlo. Tenemos que romper esta inercia.

Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención¹⁹.

OBJETIVO 14	Recuperar el primer anuncio como clave esencial de la actividad evangelizadora, dándole continuidad en un proceso catecumenal que conduzca a la integración en la comunidad cristiana.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Potenciar el anuncio misionero de todos los creyentes en su vida ordinaria, suscitando preguntas fundamentales que puedan conducir a las personas a procesos de primer anuncio o al catecumenado bautismal. 2. Ensayar en cada comunidad iniciativas concretas de primer anuncio, procurando la formación necesaria para ello, y estableciendo criterios de evaluación en los agentes y en los destinatarios. 3. Renovar los itinerarios de Iniciación Cristiana, intensificando la fase del primer anuncio. 4. Plantear todas las reuniones y encuentros parroquiales donde haya no creyentes o alejados de la fe como ocasión para el primer anuncio, especialmente con los padres de los niños de catequesis.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Elegir personas de la comunidad con sensibilidad para el primer anuncio y formarlas durante el curso 2024-2025; para que en el curso actual puedan llevar a cabo alguna experiencia concreta. 2. Conocer y aplicar el Directorio diocesano de los sacramentos de Iniciación cristiana. 3. Revisar todas las propuestas de servicios de la parroquia –desde las catequesis prebautismales con los padres hasta las exequias cristianas, pasando por una oferta concreta a los padres de catequesis y la preparación al matrimonio–, a fin de que en todas ellas se incorpore como elemento central la presentación del kerygma, sin dar por supuesta la fe de quienes se acercan. 4. Acoger y poner en marcha las propuestas de movimientos especializados en el primer anuncio, especialmente de la Acción Católica.

¹⁷ Rm 10, 17.

¹⁸ Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo* II, 3, 3: «La fe no es ciencia que entra por ningún sentido, sino sólo es consentimiento del alma de lo que entra por el oído».

¹⁹ FRANCISCO, *Evangelii gaudium* 49.

En la escuela de la fe

Las virtudes teologales son inseparables²⁰. Por eso, los lugares que hemos visto anteriormente como «escuela» de la esperanza, son también escuela de la fe: la oración, el obrar²¹, el sufrir²², la familia²³, la comunidad²⁴, etc. De ahí que la mayoría de los objetivos, medios y acciones propuestos para el curso anterior son válidos también para éste, y conviene profundizar en ellos. Aquí simplemente nos limitamos a indicar otros dos ámbitos especialmente relevantes para el caso de la fe.

La liturgia

«La fe cristiana, o es un encuentro vivo con él [con Cristo], o no es. La Liturgia nos garantiza la posibilidad de tal encuentro»²⁵. En los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, encontramos «la fonte que mana y corre, aunque es de noche», pues «aquesta viva fuente que deseo, en este pan de vida yo la veo», señala S. Juan de la Cruz²⁶. En efecto, «la celebración litúrgica nos purifica proclamando la gratuidad del don de la salvación recibida en la fe»²⁷. Gracias a los sacramentos, Cristo continúa acercándose a nosotros de una manera tangible²⁸. Su carne nos resulta accesible y, de este modo, el encuentro con él puede ser auténtico, no sólo en un nivel espiritual, sino en la concreta totalidad de nuestro ser. Por la eficacia de los sacramentos, recibimos el don

²⁰ Cf. S. AGUSTÍN, *Sermón* 144, 2: «Cree, pues, en Cristo quien espera en Cristo y ama a Cristo. Porque si uno tiene fe sin esperanza y sin amor, cree que hay Cristo, no cree en Cristo (*Christum esse credit, non in Christum credit*). Ahora bien, quien cree en Cristo, Cristo viene a él, y en cierto modo se une a él, y queda hecho miembro suyo, lo cual no es posible si a la fe no se le juntan la esperanza y la caridad».

²¹ Cf. *Lumen fidei* 51: «La luz de la fe se pone al servicio concreto de la justicia, del derecho y de la paz... La fe permite comprender la arquitectura de las relaciones humanas, porque capta su fundamento último y su destino definitivo en Dios, en su amor, y así ilumina el arte de la edificación, contribuyendo al bien común. Sí, la fe es un bien para todos, es un bien común; su luz no luce sólo dentro de la Iglesia ni sirve únicamente para construir una ciudad eterna en el más allá; nos ayuda a edificar nuestras sociedades, para que avancen hacia el futuro con esperanza».

²² Cf. *Lumen fidei* 56-57: «El cristiano sabe que siempre habrá sufrimiento, pero que le puede dar sentido, puede convertirlo en acto de amor, de entrega confiada en las manos de Dios, que no nos abandona y, de este modo, puede constituir una etapa de crecimiento en la fe y en el amor... La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar».

²³ Cf. *Lumen fidei* 52: «El primer ámbito que la fe ilumina en la ciudad de los hombres es la familia. Pienso sobre todo en el matrimonio, como unión estable de un hombre y una mujer: nace de su amor, signo y presencia del amor de Dios, del reconocimiento y la aceptación de la bondad de la diferenciación sexual, que permite a los cónyuges unirse en una sola carne (cf. Gn 2, 24) y ser capaces de engendrar una vida nueva, manifestación de la bondad del Creador, de su sabiduría y designio de amor. Fundados en este amor, hombre y mujer pueden prometerse amor mutuo con un gesto que compromete para toda la vida y que recuerda tantos rasgos de la fe. Prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada. La fe, además, ayuda a captar en toda su profundidad y riqueza la generación de los hijos, porque hace reconocer en ella el amor creador que nos da y nos confía el misterio de una nueva persona».

²⁴ Cf. *Lumen fidei* 39: «Es imposible creer cada uno por su cuenta. La fe no es únicamente una opción individual que se hace en la intimidad del creyente... Por su misma naturaleza, se abre al “nosotros”, se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia... Es posible responder en primera persona “creo”, sólo porque se forma parte de una gran comunión, porque también se dice “creemos”».

²⁵ FRANCISCO, *Desiderio desideravi* (2022) 10-11.

²⁶ S. JUAN DE LA CRUZ, *Poesía IV: Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe*.

²⁷ *Desiderio desideravi*, 20.

²⁸ Cf. *Desiderio desideravi* 9: «aquello que era visible de Jesús, lo que se podía ver con los ojos y tocar con las manos, sus palabras y sus gestos, lo concreto del Verbo encarnado, ha pasado a la celebración de los sacramentos».

del Espíritu Santo, que abre nuestra sensibilidad interior, los «ojos» y «oídos» del corazón, para descubrir la presencia del Resucitado, poder escuchar su voz y responder a su invitación a seguirlo, compartiendo su misión, su vida y su ser.

Más aún, «la fe tiene una estructura sacramental. El despertar de la fe pasa por el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida del hombre y de la existencia cristiana, en el que lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno»²⁹. Es decisivo comprender esto para entender bien uno de los principales problemas que hallamos actualmente en relación con las celebraciones litúrgicas. Con frecuencia se dice que sus palabras, sus objetos y gestos son difíciles de comprender para el hombre de hoy, que resultan muy lejanos, muy distantes, demasiado extraños. El problema es que la inmediatez de la sociedad actual está despojándonos de la capacidad del lenguaje simbólico que, por otro lado, es constitutiva de nuestra propia condición humana y, por otro, esencial para la fe.

Haber perdido la capacidad de comprender el valor simbólico del cuerpo y de toda criatura hace que el lenguaje simbólico de la Liturgia sea casi inaccesible para el hombre moderno. No se trata, sin embargo, de renunciar a ese lenguaje: no se puede renunciar a él porque es el que la Santísima Trinidad ha elegido para llegar a nosotros en la carne del Verbo³⁰.

De ahí que sea imprescindible un «arte celebrativo» (*ars celebrandi*) por parte de los sacerdotes, de los demás ministros y de los equipos de liturgia, que sin renunciar a la riqueza de cada uno de los símbolos propuestos en los Rituales, al mismo tiempo abra caminos para que éstos sean cada vez más accesibles y despierten la aletargada capacidad simbólica de nuestros contemporáneos, sin la cual es imposible el acceso a la fe. Ante este reto hay dos riesgos extremos. Primero, un hieratismo ceremonial totalmente desconectado de la sensibilidad actual. Esto supone una disolución del concepto mismo de liturgia –que, etimológicamente, significa «obra del pueblo»–, y presupone la fe no sólo como algo propio de tiempos pasados, a los que nostálgica e irrealmente se sueña con retornar, sino peor aún, como algo que no tiene nada que ver con la experiencia humana propia del tiempo en que vivimos, rompiendo así la lógica básica de la encarnación: sólo lo asumido puede ser elevado y redimido. El asombro que deben suscitar los signos litúrgicos «no es una especie de desorientación ante una realidad oscura o un rito enigmático, sino que es, por el contrario, admiración ante el hecho de que el plan salvífico de Dios nos ha sido ya revelado en la Pascua de Jesús»³¹.

El segundo riesgo es igualmente peligroso, una banalidad ritual de tal calibre que, pretendiendo hacerlo todo tan comprensible como, de hecho, sólo pueden serlo las cosas creadas, termina desvinculándose de la gran experiencia eclesial y cerrando las puertas a Aquél que excede toda comprensión. La fe es conocer al Dios que nunca deja de ser Misterio y, por lo tanto, provocación eterna y seducción infinita. También en las relaciones humanas tiene un papel esencial esta parte que «se nos escapa» de la persona amada. Sólo se agota el conocimiento en el caso de los objetos, que son ontológicamente inferiores a nosotros. En el caso de lo que es como nosotros, ya hay algo que siempre va más allá –de hecho, también lo experimentamos en nuestro corazón, ¿quién no es un misterio para sí mismo?–. Y esto es mucho más cierto y profundo en el caso de Dios. Por eso no se trata de renunciar a los símbolos, ni sólo de explicarlos –pues ninguna palabra podrá nunca desentrañar su último sentido–. Se trata de ayudar a vivirlos precisamente como *símbolos*, es decir, como cosas –palabras, acciones y objetos– que, siendo de este mundo,

²⁹ Lumen fidei 41.

³⁰ Desiderio desideravi 44.

³¹ Desiderio desideravi 25.

nos abren a algo que va más allá de este mundo; que despiertan en nosotros algo más que la mera razón que comprende, sino también la sensibilidad que admira y el corazón que ama.

Otro problema de la vinculación entre fe y liturgia es que no faltan en nuestras comunidades personas que, con una experiencia creyente muy limitada, pobre formación y escasa vida interior, siguen solicitando sacramentos como si fueran una especie de «servicios litúrgicos» a los que «tendrían derecho» por estar bautizados. Se descuida así que «la celebración litúrgica nos purifica proclamando la gratuidad de la salvación recibida en la fe»³². Dicho de otra forma, que lo central de los sacramentos es precisamente recibir con asombro y gratitud una gracia que siempre es inmerecida y, por lo tanto, que nunca puede ser exigida.

Por supuesto, la solución a este problema no puede estar en poner cada vez más trabas, haciéndonos rigoristas a la hora de decidir quién puede recibir tal o cual sacramento. Después de todo, se trata de la misma actitud, pero esta vez en un sujeto distinto, el del sacerdote o el agente de pastoral que creen «tener derecho» a decidir a quién le conceden lo solicitado. Históricamente la Iglesia siempre se ha defendido contra quienes querían imponer un acceso a la gracia sacramental restringido a los supuestamente «puros». Además, esas solicitudes suelen resultar una oportunidad pastoral, en cuanto que suponen un contacto con personas más o menos alejadas, del que puede surgir un proceso para la reincorporación a la vida eclesial.

¿Cómo proceder, por tanto? Porque los extremos del problema son tan contrapuestos que parece difícil encontrar una solución. Quizá algunos puntos puedan servirnos de referencia:

1. Cuando una persona presumiblemente alejada de la fe se acerca a solicitar un sacramento, primero hay que acoger con cariño, escucharla y tratar de intuir en qué punto concreto se encuentra para poder ofrecerle un proceso personalizado. No bastan propuestas preconcebidas. No podemos pretender que todo el mundo pase por el mismo aro. Forma parte del respeto a su dignidad y al trabajo que el Espíritu está ya haciendo en su corazón hacerse cargo de su situación concreta y de sus posibilidades reales. Forma parte de nuestra fe reconocer que Dios siempre va delante, que es él quien nos permite creer, que no hay nadie a quien no esté buscando y cuyo interior, de manera oculta, no esté trabajando.
2. Lo que debemos ofrecer son *procesos*³³. El objetivo es que la persona se ponga en camino³⁴, no que alcance inmediatamente la meta de un ideal del que a lo mejor se encuentra muy lejos³⁵. Hay que tener siempre presente que «el tiempo es siempre superior al espacio»³⁶, lo cual «permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos»³⁷. La fe, después de todo, es siempre un camino.
3. En la naturaleza de los procesos, ha de priorizarse la integración en la vida comunitaria y la experiencia de oración. La seguridad en la doctrina y la conversión de costumbres son momentos necesarios, pero a los que se puede acceder después. Sin ellos, la fe no sería auténtica; pues no hay fe que no se base en la plena aceptación de la revelación divina³⁸ y

³² Desiderio desideravi 20.

³³ Cf. Evangelii gaudium 223-224.

³⁴ Cf. Lumen fidei 8.

³⁵ Cf. FRANCISCO, *Amoris laetitia* (2016) 297.

³⁶ Lumen fidei 57.

³⁷ Evangelii gaudium 223.

³⁸ Cf. *Lumen fidei* 48: «dado que la fe es una sola, debe ser confesada en toda su pureza e integridad. Precisamente porque todos los artículos de la fe forman una unidad, negar uno de ellos, aunque sea de los que parecen menos importantes, produce un daño a la totalidad».

que no conlleve una conversión de conducta según los diez mandamientos y las bienaventuranzas³⁹. Pero no podemos olvidar la pedagogía que Jesús empleó con sus discípulos según los evangelios. Primero los llama y los integra en una comunidad centrada en torno a la amistad con Él. Poco a poco les va enseñando, con paciencia ante sus dificultades para comprender, por ejemplo, lo que dice cuando les habla de su misterio Pascual⁴⁰, o ante la ambición⁴¹ o la ira⁴² que todavía se hacen fuertes en ellos. Fue en la cumbre del camino, a la luz de la Pascua, cuando el Resucitado «les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras»⁴³. Hasta llegar a ese momento, lo decisivo es perseverar en la amistad con el Señor y en la compañía de los hermanos.

4. Finalmente, en caso de duda siempre hay que preferir pecar de generosos que de estrictos. Vivir de la fe supone también confiar siempre en la acción de un Dios que ama a todos sus hijos, que no deja de hacerse el encontradizo. «Antes de nuestra respuesta a su invitación –mucho antes– está su deseo de nosotros»⁴⁴. La Iglesia tiene que parecerse más a una madre que acoge que a un policía que regula el tráfico. La fe, lazo de unión de los hombres con Dios, nos invita más a tender puentes que a levantar murallas.

En todo caso, siempre será importante tener presente unas palabras del Papa Francisco:

La pastoral de conjunto, orgánica, integrada, más que ser el resultado de la elaboración de complicados programas, es la consecuencia de situar la celebración eucarística dominical, fundamento de la comunión, en el centro de la vida de la comunidad⁴⁵.

Aparte de quienes solicitan puntualmente sacramentos, la Iglesia ofrece semanalmente la Eucaristía, celebración de la Pascua del Señor. Es decisivo que ésta vaya siendo cada vez más el centro espiritual de cada comunidad cristiana que, recordemos, ya no es una por pueblo, sino una en varios pueblos y barrios. No siempre será posible ofrecer una única celebración Eucarística que congregue a todos. Hay que tener en cuenta, por ejemplo, que el aforo de las iglesias en la ciudad es limitado respecto a la cantidad de gente que participa cada domingo en la liturgia, y que hay personas mayores en las zonas rurales con graves dificultades para desplazarse a otra localidad. Los procesos tienen que hacerse gradualmente, y siempre dentro de lo razonable y de lo posible. Pero, para que estén rectamente ordenados, no pueden olvidar la meta: una única comunidad congregada en torno a un único altar y una única pila bautismal. Puede que esto no se consiga de un golpe, pero hay pasos intermedios que pueden darse, algunos ya apuntados anteriormente. También es necesario recordar la importancia del día del Señor. «El domingo, antes de ser un precepto, es un regalo que Dios hace a su pueblo (por eso, la Iglesia lo protege con un precepto)»⁴⁶. ¡Cuántos bienes se desprenderían de volver a poner en el centro de nuestras

³⁹ Cf. *Lumen fidei* 46: «La fe confiesa el amor de Dios, origen y fundamento de todo, se deja llevar por este amor para caminar hacia la plenitud de la comunión con Dios. El decálogo es el camino de la gratitud, de la respuesta de amor, que es posible porque, en la fe, nos hemos abierto a la experiencia del amor transformante de Dios por nosotros. Y este camino recibe una nueva luz en la enseñanza de Jesús, en el Discurso de la Montaña».

⁴⁰ Cf. Mc 9, 31b-32: «Les decía: “El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará”. Pero ellos no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle».

⁴¹ Cf. Mc 9, 34: «Por el camino habían discutido quién [de ellos] era el más importante».

⁴² Cf. Lc 9, 54: «Santiago y Juan le dijeron: “Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que acabe con ellos?”».

⁴³ Lc 24, 45.

⁴⁴ Desiderio desideravi 6.

⁴⁵ Desiderio desideravi 37.

⁴⁶ Desiderio desideravi 65.

comunidades el domingo con todo lo que él supone, no sólo la participación en la Eucaristía, también el descanso, el encuentro de familias y amigos, la oración reposada, la comunión con la creación!

OBJETIVO 15	Profundizar en las celebraciones litúrgicas, especialmente de la Eucaristía, para recibir, conformar y crecer en la fe.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Promocionar la formación básica sobre la Liturgia (especialmente en parroquias, Hermandades, cofradías y colegios religiosos), para que puedan ir formándose equipos de liturgia y preparación para los que solicitan los sacramentos. 2. Potenciar un adecuado ars celebrandi entre ministros ordenados y laicos, a fin de evitar los rigorismos y las banalidades. 3. Presentar procesos personalizados para el acceso a la fe a los alejados que solicitan sacramentos. 4. Dar relevancia al sentido teológico del domingo. 5. Trabajar de forma más intensa y precisa la Iniciación a la liturgia en la catequesis, tal y como propone el Directorio de catequesis.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Establecer en cada arciprestazgo, de acuerdo con la Delegación diocesana de liturgia, escuelas de liturgia, no centradas exclusivamente en las celebraciones en espera de presbítero, sino abiertas a toda la realidad litúrgica de la Iglesia. 2. Difundir el curso de lectores organizado por el Secretariado de Pastoral Bíblica. 3. Ofrecer un sistema de formación básico para todos los que ejercen algún ministerio litúrgico (sacristanes, acólitos, ministros extraordinarios de la Comunión, cantores, organistas, etc.). 4. Preparar en cada comunidad equipos de acogida capaces de discernir itinerarios personalizados para quienes se acercan a solicitar sacramentos. 5. Programar los horarios de Misas en las Unidades pastorales, de tal modo que se dignifique la Eucaristía del domingo, no sólo en lo ritual, sino también en la dimensión de encuentro comunitario. 6. Ir ajustando paulatinamente las celebraciones, donde sea posible, teniendo en cuenta el ideal de una Eucaristía que congrega a todos y eliminando la pluralidad de celebraciones donde no sea realmente necesario.

El testimonio

Según el evangelista Lucas, cuando Jesús resucitado encomienda a sus discípulos la tarea de expandir la fe, los llama *testigos*. «Vosotros sois testigos de esto»⁴⁷, dice. Si, como hemos visto, la fe no es un conjunto de ideas, sino la experiencia de un encuentro con Cristo; si no se funda en teorías más o menos sólidas, sino en el acontecimiento de un Dios que viene al encuentro de su pueblo en medio de la historia y sigue acercándose en la física concreción de los signos sacramentales, entonces es normal que lo que se nos pida sea, ante todo, dar testimonio de aquello que hemos comprobado en primera persona.

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida

⁴⁷ Lc 24, 48.

se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo⁴⁸.

Esto es algo muy oportuno. «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio»⁴⁹. Todos estamos cansados de gente que habla de teorías que no sabemos si serán o no verdad. Lo que queremos es alguien que nos transmita lo que ha probado, aquello cuya verdad es tan sólida como para permitir un cambio radical de vida. Lo cual es consolador. Significa que para transmitir la fe, para convertirnos en evangelizadores auténticos, no necesitamos ser especialistas en teología o en mercadotecnia, no es imprescindible que tengamos una perfecta dialéctica o un masivo número de seguidores en las redes sociales. Basta simplemente con que seamos testigos auténticos que, en la sencillez y ocultamiento de una vida ordinaria, transmiten aquello de lo que son testigos: el amor de Dios, la resurrección de Cristo, la fuerza del Espíritu Santo.

Ahora bien, hay dos problemas ante este planteamiento. En primer lugar, no es extraño encontrarse personas plenamente convencidas de cosas que son falsas. Las alucinaciones existen. ¿Cómo saber que nuestra experiencia de fe no es una de ellas? En segundo lugar, el pasaje que hemos citado de la *Primera Carta del apóstol san Juan* parece referirse sólo al testimonio de la generación apostólica, de los que convivieron con Jesús y lo vieron resucitado. ¿Hasta qué punto nosotros, que no hemos sido testigos directos de las apariciones, podemos aplicarnos las palabras de Juan?

La respuesta a estas cuestiones la encontramos en un pasaje de los *Hechos de los Apóstoles*. En él se recogen estas palabras del Señor: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos»⁵⁰. Leyendo con atención ese libro bíblico, descubrimos que, aunque los apóstoles ya habían visto al Resucitado durante los cuarenta días que transcurrieron entre la Pascua y la Ascensión, aún así esto no era suficiente para que su testimonio fuera eficaz. Sólo a partir de Pentecostés comienza la misión de la Iglesia. Hasta ese momento, ninguno se había atrevido a hablar. Las apariciones eran imprescindibles para que ellos y nosotros supiéramos que Jesús había vencido la muerte. Pero la fe no consiste sólo en saber lo que ha hecho el Señor y en esperar lo hará del mundo y de mí en el día final. Consiste, en primer lugar, en lo que el Señor hace en mí a través de su Espíritu. La fe es, ante todo, una experiencia de conversión. No es un mero acontecimiento externo, que queda «fuera de mí», sino una transformación profunda de mi interior, que queda cristificado, es decir, hecho según la medida de Cristo. Así, por ejemplo, uno no se «propone» vivir las bienaventuranzas. Se deja guiar por el Espíritu Santo que lo configura con Jesús y adquiere así los criterios de Jesús, que son los descritos en las bienaventuranzas.

Un testigo de la fe es creíble no sólo porque esté muy convencido de lo que dice, cosa que también puede sucederle a un loco o a un manipulador que se trague sus propias mentiras. El testigo es creíble porque todos pueden ver en él un estilo de vida inaudito, extraño para el ambiente que le rodea e inalcanzable desde las meras fuerzas humanas: el estilo de Jesús. Lo que vive esa persona es la traducción, en sus circunstancias y personalidad concretas, de la verdad transmitida en el Evangelio. Ese testimonio alcanza su máxima expresión en la entrega total de la propia vida –incluida, de forma paradigmática, la cruenta de los mártires–, en la posibilidad de

⁴⁸ 1Jn 1, 1-3.

⁴⁹ S. PABLO VI, Discurso a los miembros del Consejo de Laicos (2 octubre 1974); cit. en *Evangelii nuntiandi* (1975) 41.

⁵⁰ Hch 1, 8.

amar a los enemigos que nos odian y en la capacidad para perdonar a los que todavía no se arrepienten de sus faltas.

Una vez explicado todo esto, resulta evidente que los principales testigos de la fe son santos. Todos estamos llamados a la santidad⁵¹. La transmisión de la fe es posible porque hay «santos de la puerta de al lado»⁵² en quienes Jesús sigue saliéndonos al encuentro y mostrándonos que la vida es más grande, más bella y más luminosa cuando nos dejamos modelar por él. La santidad no es un privilegio exclusivo de unas pocas almas selectas ni de personas especialistas en lo divino. «Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él. Pero también puede implicar reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús»⁵³. Para evangelizar no hay que hacer cosas raras. Sencillamente hay que ser santos, hay que dejar que el Espíritu Santo nos una con Jesús.

La Iglesia ha canonizado a algunos de sus hijos, para que sean intercesores por nosotros y para que, desde el ejemplo de sus vidas, descubramos qué maravillas puede obrar la fe cuando se vive con sinceridad. Por eso, no podemos dejar de acudir una y otra vez al testimonio de esos hermanos nuestros, cuya luz ilumina nuestras oscuridades y cuya entrega nos alienta en el camino de la fe. Uno de los santos más querido en nuestra tierra, y admirable en muchos sentidos, es san Juan de la Cruz, cuyo tercer centenario de canonización y primero de proclamación como doctor celebramos este curso.

OBJETIVO 16	Ayudar a desarrollar en cada miembro de nuestras comunidades la gracia bautismal, fomentando el deseo de ser santos, viviendo profundamente la fe y dando así testimonio de ella en el mundo.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Promover el ideal de santidad abierto a todos difundiendo los contenidos de la <i>Gaudete et exultate</i>. 2. Difundir algunas vidas de Santos como un medio para presentar la fe, especialmente la biografía de san Juan de la Cruz. 3. Ayudar a laicos a tomar conciencia de su identidad y misión por el hecho de ser bautizados.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Realizar una campaña especial en torno a la fiesta de Todos los Santos o del Patrón principal de la parroquia. 2. Difundir materiales sobre la vida y obra de san Juan de la Cruz, convocar conferencias sobre este tema y congregar grupos de lectura de sus obras. 3. Ofrecer distintos tipos de formación para los laicos, sencilla y básica, en todas las Unidades pastorales, para comprender la liturgia (charlas cuaresmales, estudio del evangelio, folletos, etc.).

⁵¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium* 40.

⁵² Cf. FRANCISCO, *Gaudete et exultate* (2018) 6-9.

⁵³ *Gaudete et exultate* 20.

La centralidad de la resurrección de Jesucristo

«Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana es también vuestra fe... Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido»⁵⁴. En el acto de fe, cobra especial relevancia el misterio central de la existencia de Cristo, su resurrección de entre los muertos. Es lo principal que creemos y, al mismo tiempo, el motivo último por el que podemos creer. «La muerte de Cristo manifiesta la total fiabilidad del amor de Dios a la luz de la resurrección. En cuanto resucitado, Cristo es testigo fiable, digno de fe (cf. Ap 1, 5; Hb 2, 17)»⁵⁵. Gracias a que el Señor ha vencido la muerte, sabemos que podemos entregarnos totalmente en las manos del Padre. Por mucho que esa donación de nosotros mismos nos cueste, por mucho que suponga un auténtico sacrificio, sabemos que no será en vano⁵⁶. Merece la pena abandonarse en un Dios que no sólo devuelve la vida, sino que, al hacerlo, introduce en el resplandor de su propio Ser⁵⁷. Podemos fiarnos de las palabras de Cristo, porque se ha cumplido lo más increíble de cuanto afirmó, su anuncio de que al tercer día iba a resucitar⁵⁸.

La Resurrección es lo que hace que realmente la fe sea un encuentro. Cristo, vivo y presente en su Iglesia de acuerdo a su promesa de estar con nosotros todos los días hasta el final de los tiempos⁵⁹, permite una auténtica relación interpersonal con él, que puede llegar a ser verdadera amistad, en el sentido más pleno y profundo de la palabra⁶⁰. Gracias a la Resurrección y la Ascensión, nuestra humanidad pudo acoger el don del Espíritu Santo –ya que, según dijo el mismo Señor, «os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy os lo enviaré»⁶¹–. Por ese Espíritu, se ilumina la sensibilidad de nuestro corazón y podemos ver a Dios con los ojos de la fe. Dado que todo ser humano está, por así decir, conectado de algún modo misterioso pero real, en la carne glorificada del Vencedor de la muerte nuestra propia humanidad ha comenzado ya a ser divinizada. De este modo, se salva la dificultad planteada por los filósofos para llegar a un auténtico conocimiento de Dios, la de que Él es tremenda y absolutamente distinto a nosotros, y lo semejante sólo puede ser conocido por su semejante –*similia similibus percipiuntur*–. Por la Resurrección, comenzamos a ser semejantes a Dios⁶² y podemos comenzar a verlo, aun en las tinieblas de esta vida mortal y en la esperanza de llegar a la visión total, una vez abandonados los velos de la carne. «Ahora somos hijos de Dios

⁵⁴ 1Cor 15, 14.17a.

⁵⁵ Cf. *Lumen fidei* 17.

⁵⁶ Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva* (B) 2, 16: «Tú, ¡oh divina vida!, nunca matas sino para dar vida».

⁵⁷ Cf. *Ibid.*: «Si el amor del Padre no hubiese resucitado a Jesús de entre los muertos, si no hubiese podido devolver la vida a su cuerpo, no sería un amor plenamente fiable, capaz de iluminar también las tinieblas de la muerte».

⁵⁸ Cf. Mc 8, 31; 9, 31; 10, 34 y paralelos.

⁵⁹ Cf. Mt 28, 20.

⁶⁰ Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo* II, 22, 5: «si pones en él [en Cristo] los ojos, lo hallaras en todo; porque él es toda mi locución y respuesta y es toda mi visión y toda mi revelación. Lo cual os he ya habado, respondido, manifestado y revelado, dándoosle por Hermano, Compañero y Maestro, Precio y Premio».

⁶¹ Jn 16, 7.

⁶² Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo* II, 9, 1, donde explica que, una vez purificado el entendimiento, la fe «es sola el próximo y proporcionado medio para que el alma se una con Dios. Porque es tanta la semejanza que hay entre ella y Dios, que no hay otra diferencia sino ser visto Dios o creído».

y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es»⁶³.

Sin embargo, ¿ocupa realmente la Resurrección de Cristo el centro de nuestra predicación y de nuestra espiritualidad? Un año que quiere vivir la virtud teologal de la fe reclama necesariamente un empeño decidido en que el anuncio de la victoria de Jesús sobre la muerte penetre en las entrañas de cada bautizado y lo contagie con la alegría pascual.

OBJETIVO 17	Poner el Misterio de la Resurrección de Cristo en el centro de la predicación de la Iglesia y de la vida espiritual de cada bautizado.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Dar especial relevancia al Tiempo Pascual y, especialmente a la Octava de Pascua, que frecuentemente pasa desapercibida tras la intensidad de la Semana Santa. 2. Destacar el domingo como auténtica celebración semanal de la Pascua, presentando continuamente esta dimensión en la predicación. 3. Procurar que las celebraciones de exequias sean auténticas catequesis sobre la esperanza en la vida eterna y la resurrección.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Proponer este curso actividades especiales durante el Tiempo Pascual y la Octava de Pascua (p.ej., «<i>via lucis</i>»; conferencias pascales; etc.) 2. Recordar continuamente la importancia del domingo desde la perspectiva de la Resurrección.

⁶³ 1Jn 3, 2.

No habríamos hecho nada...
si no purgásemos también la voluntad,
acerca de la tercera virtud, que es la caridad
(cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte carmelo* III, 16, 1)

La virtud de la caridad

«La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios»¹. Ya en la propia definición queda claro que, como en el caso de la esperanza y de la fe, tampoco la caridad es algo que uno pueda forzar en sí. Sólo existe en nuestro interior si la recibimos de Dios; pues él mismo es el objeto y la causa de nuestro amor. Nuestra caridad es verdadera si supone siempre amar a Dios – aun cuando sea a través del rostro de un hermano que, como todo ser humano, ha sido creado a su imagen y semejanza– y cuando no se trata de un mero impulso de nuestro pequeño corazón, sino que es el mismo Dios quien, a través de su Espíritu, ama en nosotros. No hay contraposición entre el amor a Dios y al hermano pues, si amamos a éstos auténticamente, amamos a Dios aun sin saberlo; y no se puede amar a Dios, a quien no vemos, sin amar al hermano a quien vemos².

Para obtener caridad es necesario, pero no suficiente, pedírsela a Dios. La podemos alcanzar sobre todo como el fruto de una oración contemplativa. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados»³. El Nuevo Testamento está plagado de expresiones de asombro que nacen de descubrir hasta qué punto somos amados por el Eterno con un amor sin medida: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!»⁴. «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna»⁵. Al descubrir la infinita magnitud de ese amor, brota en nosotros el deseo de corresponderlo. Por eso «ahora el amor ya no es sólo un “mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual [Dios] viene a nuestro encuentro»⁶.

Tan importante es la caridad, que sin ella no tendrían sentido ni consistencia el resto de virtudes, ni humanas ni teologales⁷. «La flor que tienen las obras y virtudes es la gracia y virtud que del amor de Dios tienen, sin el cual no solamente no estarían floridas, pero todas ellas serían secas y sin valor, delante de Dios, aunque humanamente fuesen perfectas»⁸. Importa mucho, por tanto, no sólo que el amor sea la fuente, el fin y la fuerza de todo cuanto hacemos⁹, sino también que tengamos una idea correcta de qué es el amor.

¹ CCE 1822.

² Cf. 1Jn 4, 20.

³ 1Jn 4, 10.

⁴ 1Jn 3, 1.

⁵ Jn 3, 16.

⁶ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* (2005) 1.

⁷ Cf. 1Cor 13, 13: «En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor: estas tres. La más grande es el amor».

⁸ S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* (B) 30, 8.

⁹ Cf. S. AGUSTÍN, *In epistulam Ioannis ad Parthos tractatus* X, 4: «La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos, hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos».

El amor hacia los pobres

Pocas palabras son tan usadas y mal entendidas en nuestros días como esta del amor. Quizá fuera esa precisamente una de las razones por las que tradicionalmente se ha preferido el término más específico de «caridad» para designar la virtud teologal; aunque también éste se ha visto mal interpretado por constreñirse con frecuencia al necesario pero estrecho marco de la atención a los pobres y necesitados. Ciertamente éstos, por ser los preferidos de Cristo, aquellos con quienes explícitamente ha querido identificarse¹⁰, son los destinatarios primeros y principales de nuestro amor; pero no los exclusivos.

De hecho, en nuestros días tenemos el riesgo de transformar la atención a los pobres en mera beneficencia. Si cayéramos en tal tentación, desvirtuaríamos el sentido último de lo que el Señor nos pide. No cabe duda de que el amor se traduce en obras concretas. «Si uno tiene bienes del mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?»¹¹. Es una enseñanza constante. «Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos del alimento diario y uno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaros”, pero no le da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué le sirve?»¹². Resulta evidente que el amor, si es auténtico, se moviliza para socorrer la menesterosidad de los necesitados. Pero el problema sutil es que este socorro también puede darse por otros motivos, que no son propiamente la caridad cristiana. La solidaridad, el altruismo, la beneficencia son virtudes meramente humanas muy hermosas, buenas y necesarias; pero no son el amor teologal que recibimos de Dios y entregamos a Dios sirviéndolo en los pobres. Las obras pueden parecer las mismas y, de hecho, hay que potenciar el trabajo conjunto de los cristianos con las personas e instituciones que también se comprometen en favor de los descartados a partir del deseo común de servicio que nos une. Pero si la atención de la Iglesia a los necesitados no tiene un elemento distintivo, entonces no nace de la caridad. La clave diferencial está en la confesión de Cristo muerto y resucitado. «Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia, Esposa del Señor»¹³.

Todo esto se discierne en algunos puntos muy concretos:

1. ¿Hablamos a Dios de los pobres? En algunas comunidades se está adquiriendo la costumbre de hacer coincidir la acogida de la caritas parroquial con un momento de adoración del Santísimo. Es una feliz iniciativa. Muchas veces no se pueden solucionar los dramáticos problemas que los hermanos más necesitados nos plantean. Pero siempre podemos escucharlos con calma, sin prisas por resolver papeles y despedir a la gente, sino dedicándoles tiempo de calidad, y luego presentar sus angustias y tristezas al Señor, en la certeza de que su amor es el que llena la vida de alegría y transforma el dolor en esperanza.
2. ¿Hablamos a los pobres de Dios? Quizá esto nos dé más reparo. Ciertamente, no hay lugar en la Iglesia para el proselitismo, ni podemos condicionar la ayuda que prestamos a que se adhieran a nuestra comunidad de fe o a que, por lo menos, escuchen nuestra predicación. La caridad es evangelizadora precisamente por ser incondicionada. Se da al hermano por ser un hermano, sin más pretensiones. Pero, al mismo tiempo, hay que recordar que «quien no da a Dios, da demasiado poco y quien no da a Dios, quien no hace encontrar a Dios en el rostro de Cristo, no construye, sino destruye, porque hace que la

¹⁰ Cf. Mt 25, 31-46.

¹¹ 1Jn 3, 17.

¹² Snt 2, 16.

¹³ FRANCISCO, Homilía con los cardenales al término del Cónclave (2013).

acción humana se pierda en dogmatismos ideológicos y falsos»¹⁴. Por eso, sin imposiciones ni condicionantes, hay que perder el miedo a invitar a los pobres a nuestras comunidades, hay que manifestar ante ellos con sencillez que les ayudamos por amor a Jesús y desde el amor de Jesús. ¿Qué ha pasado en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia para que hoy a algunos les resulte intolerante y, por tanto, intolerable, el deseo que tradicionalmente se ha explicitado cuando al hacer una obra de caridad al tiempo se decía «que Dios te bendiga»?

3. ¿Nuestro servicio a los pobres se reduce a la mera acogida o es también un impulso de salida? No ama de verdad quien simplemente se queda en un despacho pensando «el que lo necesite, que venga y ya le ayudamos desde aquí». El amor nos pone en movimiento, como a María cuando corre para ayudar a su prima Isabel¹⁵. ¿En qué formas concretas nuestras comunidades son capaces de detectar las auténticas necesidades del barrio? ¿Cómo acercamos nuestra ayuda y nuestra presencia a quienes no vienen por vergüenza o por decepción con la Iglesia?
4. ¿Estamos dispuestos a una ayuda más humilde en lo material, pero de mayor calidad en el amor? El trabajo de la Iglesia con los pobres no puede depender de subvenciones estatales. Debe estar fundado en la participación de hombres y mujeres buenos que, como la viuda del evangelio, no da sólo de lo que le sobra, sino hasta de lo que necesita para vivir¹⁶. Sin embargo, cada vez somos menos cristianos y, por consiguiente, es lógico que baje el número de los recursos económicos de las instituciones caritativas. ¿Estamos dispuestos a seguir colaborando con lo que sencillamente podemos ofrecer, sin grandes pretensiones ni intento de ser comparados o de competir con otras ONGs? ¿Hemos aceptado que lo diferencial de la asistencia cristiana, lo específico que podemos ofrecer, no es tanto la calidad técnica de lo que hacemos sino el amor desde el que lo hacemos? Sin duda, el amor busca dar lo mejor de lo que tiene, e intenta conseguir hasta lo que no tiene por auxiliar al amado, como hace una madre con sus hijos. Pero nunca sin perder la identidad, ni la libertad, ni generar dependencias respecto a instituciones ajenas o a ideologías que intentan imponer una sola y única forma de asistencia social.

OBJETIVO 18	Revisar el servicio de nuestras instituciones caritativas para que en ellas prime más el ejercicio del amor que viene de Dios que la mera organización asistencial
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Revisar, a la luz de los cuatro puntos indicados, el funcionamiento y la estructura de las caritas diocesana y parroquiales. 2. Formar a quienes en las comunidades se ocupan de la caridad en la escucha, la pasión por el evangelio, la creatividad y la oración. 3. Discernir las vocaciones que Dios suscita en nuestras comunidades para dedicarse al servicio de los necesitados. 4. Plantear itinerarios formativos para personas que participan en organizaciones eclesiales de caridad, pero no están plenamente incorporadas a la comunidad cristiana.

¹⁴ J. RATZINGER, Homilía en las exequias de mons. Luigi Giussani (2005).

¹⁵ Cf. Lc 1, 39.

¹⁶ Cf. Lc 21, 1-4.



	5. Discernir sobre las pobrezas y los sufrimientos en nuestro entorno como la soledad de los mayores, la integración de los emigrantes, posibles víctimas de trata, parados o trabajadores pobres, personas con discapacidad, etc. Ponerles rostros y atender sus necesidades.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Realizar la revisión de las caritas a la luz del evangelio y mediante la metodología del discernimiento comunitario propiciada por el sínodo. 2. Participar algunos voluntarios en iniciativas de «caridad en salida» que se están dando en otros lugares de España para estudiar su eventual implantación en nuestro contexto. 3. Ajustar la colaboración caritativa a las posibilidades reales de nuestra comunidad, abiertos siempre a la comunión de bienes entre las distintas parroquias de un arciprestazgo. 4. Crear un grupo que se encargue del estudio de las pobrezas y sufrimientos reales de nuestra Unidad pastoral y busque cómo atenderlas.

«Obras son amores y no buenas razones». La Doctrina Social de la Iglesia

El refrán clásico español, que da título a una conocida comedia de Lope de Vega, traduce una importante afirmación bíblica: la prueba de que amamos a Dios es que amamos también a los hermanos. «Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano»¹⁷. Santa Teresa de Jesús presenta precisamente las obras de caridad como el criterio de que realmente el alma progresa en la vida espiritual: «Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras. Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios, como ya os he dicho, porque poco me aprovecha estarme muy recogida a solas haciendo actos con nuestro Señor, proponiendo y prometiendo hacer maravillas por su servicio, si, en saliendo de allí, que se me ofrece la ocasión, lo hago todo al revés»¹⁸. Por supuesto, este compromiso de amor no es algo de poca monta, sino que conlleva un auténtico sacrificio. A Cristo le costó la cruz, y también a su discípulo. Por eso el consejo inmediato es: «poned los ojos en el crucificado y haráeos todo poco»¹⁹. Digamos que se experimenta una aparente paradoja: el amor a Cristo llena de paz el corazón del orante; pero ese mismo amor le impulsa a comprometerse incansablemente en actos de justicia y caridad con los hermanos. «El sosiego que tienen estas almas en lo interior, es para tenerle muy menos, ni querer tenerle, en lo exterior»²⁰. En definitiva, el amor a Cristo se traduce necesariamente en servicio a los hombres. «Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor»²¹. En tal contexto se comprende perfectamente la afirmación del Papa Francisco: «De nuestra fe en Cristo, hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad»²².

¹⁷ 1Jn 4, 20-21.

¹⁸ 7M 4, 6-7.

¹⁹ 7M 4, 8.

²⁰ 7M 4, 10.

²¹ 7M 4, 12.

²² Evangelii Gaudium, 186.

El compromiso con los pobres supone la búsqueda de una sociedad más justa. No basta con ayudar a las personas concretas. Es necesario también hacer lo posible para acabar con lo que San Juan Pablo II denominaba «estructuras de pecado», situaciones sociales, más o menos aceptadas, que contribuyen al aumento de la desigualdad, de la injusticia, de una política concebida más al servicio de los intereses particulares o ideológicos de determinados grupos que como un servicio abnegado a favor del bien común. Por eso, resulta importante este año profundizar en los contenidos de la llamada Doctrina Social de la Iglesia, y promover el compromiso de los laicos en la transformación de los criterios del mundo de acuerdo con el corazón de Dios.

OBJETIVO 19	Promover el conocimiento en la Doctrina social de la Iglesia y la vocación de los fieles laicos en la transformación de la sociedad según los criterios del Reino de Dios.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Ofrecer una formación actualizada en Doctrina Social de la Iglesia. 2. Presentar el compromiso social como una dimensión esencial de la vocación laical.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Proponer cursos sobre Doctrina social de la Iglesia a nivel diocesano y arciprestal. 2. Promover la dimensión social de la vocación laical con motivo de algunas jornadas eclesiales o civiles, como, por ejemplo, la Campaña por el Trabajo Decente, la fiesta de San José Obrero, el día de la mujer trabajadora, etc. 3. Sensibilizar en torno a algunos problemas especialmente importantes a nivel social, como la trata de personas, el hambre en el mundo, la inmigración, la falta de seguridad jurídica, el derecho universal a la vivienda digna, la servidumbre ideológica detrás de algunas propuestas políticas, etc. 4. Habilitar formas concretas en la que los políticos cristianos se sientan acompañados y sostenidos en esta tarea por la comunidad cristiana, más allá del partido en que militen.

El amor es más que un sentimiento

Continuemos con el problema planteado al inicio de nuestra reflexión. ¿Qué es el amor? Con frecuencia se le define como un «sentimiento». Así lo hace, por ejemplo, el Diccionario de la Real Academia Española en las tres primeras acepciones de la palabra. Se equivocan. Como advirtió el filósofo judío Martin Buber, «los sentimientos acompañan el acto metafísico y metapsíquico del amor, pero ellos no lo constituyen»²³. El mismo autor afirma que «el amor es la responsabilidad de un Yo por un Tú»²⁴. La clave del amor no puede estar en los meros afectos, siempre volubles y pasajeros, pues «nada hay más falso y enfermo que el corazón»²⁵. También lo enseña S. Juan de la Cruz: «El amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en tener grande desnudez y padecer por el Amado»²⁶. El amor es la opción de alguien por otro que, llevado hasta el extremo, supone siempre la entrega de la propia vida. «Nadie tiene amor más grande que el que

²³ M. BUBER, *Yo y tú*, Madrid (Caparrós) 42005, 21.

²⁴ Ibid.

²⁵ Jer 17, 9.

²⁶ Dichos de amor y luz 114.

da la vida por sus amigos», dijo el Señor²⁷. De hecho, para esa total donación de uno mismo al amado –que, recordemos, en el caso de la caridad teologal es siempre el mismo Dios, directamente o mediado a través de los hermanos– resulta imprescindible con frecuencia la negación de los afectos interiores. No sólo de los directamente opuestos al amado; sino de todo lo que no sea el amado en sí. «Se ha de enterar la voluntad en la carencia y desnudez de todo afecto para ir a Dios»²⁸.

¿Eso significa que, para vivir la virtud teologal de la caridad, hay que renunciar a todo lo bello y placentero que el amor, tal como suele entenderse en nuestros días, promete? Nada más lejos de la realidad. El Papa Benedicto XVI recordó que «el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir»²⁹. La novedad bíblica consiste en que el amor «descendente» de completa y desinteresada entrega, abnegado en el servicio, completo en la donación total de sí mismo (*agapé*), tiene que comprenderse como inseparable del amor «ascendente», que anhela ser correspondido, que busca el éxtasis de un gozo exultante (*eros*). Porque, después de todo, es así como nos ha amado el mismo Dios. «Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como *eros* que, no obstante, es también totalmente *agapé*»³⁰.

El problema es que frecuentemente el *eros* se desboca. «Degradado a puro “sexo”, se convierte en mercancía, en simple “objeto” que se puede comprar y vender»³¹. Muchos de nuestros contemporáneos contemplan su propio cuerpo y sus relaciones afectivas como meros instrumentos al servicio del placer, considerado como la principal meta de sus vidas. Haciéndolo así, se degradan a sí mismos. «Dios es amor»³², y el ser humano, creado a su imagen y semejanza, encuentra su plena realización cuando es capaz de amar ordenadamente. La alegría es fruto de amar como Dios ama; de permitir que Dios ame en mí. Lo cual requiere un esfuerzo contracultural, en el que nuestra comunidad diocesana debe implicarse activamente. Si la esencia del mensaje de Jesús se puede resumir en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo³³, no hay nada más urgente que recuperar la capacidad de amar sanamente³⁴.

OBJETIVO 20	Ofrecer desde las instituciones eclesiales una adecuada educación afectiva y sexual que permita a los niños y jóvenes una correcta integración entre eros, filia y ágape.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Introducir en todos los itinerarios evangelizadores de la diócesis, especialmente los de Iniciación Cristiana, aspectos esenciales de la formación afectiva y sexual como complemento a la catequesis. 2. Ofrecer propuestas de maduración afectiva y sexual especialmente en los itinerarios de pastoral juvenil.

²⁷ Jn 15, 13.

²⁸ S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo* II, 6, 1.

²⁹ Deus caritas est, 7.

³⁰ Deus caritas est 9.

³¹ Deus caritas est 6.

³² 1Jn 4, 8.

³³ Cf. Mt 22, 37-40.

³⁴ Cf. *Amoris laetitia* 280-286.

3. Denunciar con valentía problemas vinculados con la mercantilización del cuerpo.
4. Disponer en la diócesis de especialistas disponibles en temas de afectividad, identidad y sexualidad a los que se pueda acudir para asesorar y formar a los catequistas, profesores y agentes de pastoral que lo precisen.

ACCIONES

1. Afrontar los temas relativos a la afectividad, la identidad y la sexualidad desde la integridad de la antropología cristiana y siempre adaptada al proceso evolutivo de los catecúmenos.
2. Preparar los temas relativos al sexto y noveno mandamientos en la catequesis no desde una mera perspectiva ética, sino también espiritual, existencial y psicoafectiva, siempre adaptada al proceso evolutivo de los catecúmenos.
3. En colaboración con el Secretariado de Familia, con el COF de la diócesis y con organizaciones católicas especializadas en ello, ofrecer formación específica afectivo sexual en los colegios diocesanos, en los itinerarios de pastoral juvenil y en los procesos de preparación al Matrimonio.
4. Hacer campañas contra el consumo de pornografía, organizando conferencias sobre sus consecuencias nocivas no sólo para niños y jóvenes, sino también para los adultos.
5. Elaborar unas indicaciones diocesanas sobre educación afectivo-sexual en los itinerarios pastorales.

La recomposición del amor quebrado

Una de las características específicas del amor es que «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta y no pasa nunca»³⁵. Así es, ciertamente, el amor de Cristo por su Esposa, la Iglesia³⁶. Así es el amor de quienes, abiertos por la oración a la acción del Espíritu en ellos, dejan que la entrega del Resucitado resuene en su corazón. Así está llamado a ser el amor de los esposos que, por eso, acuden al sacramento del Matrimonio, para que la gracia que en él se recibe los transforme al uno para el otro en presencia concreta del mismo Dios. Sin embargo, comprobamos continuamente la fragilidad del amor. Las heridas que la cultura hedonista en que vivimos son tan profundas, han afectado a tanta gente, que existe una verdadera crisis de la capacidad de amar. El narcisismo contemporáneo y el genio posmoderno han llegado a poner en duda hasta los datos más evidentes de la propia identidad del cuerpo y de la ordenación natural de los impulsos afectivos. Sea por unas u otras causas, nuestra Iglesia diocesana no puede permanecer como si esta grave crisis no existiera o no tuviera que ver con la existencia concreta de muchos bautizados, que han recibido el don de la fe, pero que viven situaciones que el derecho canónico califica de irregulares. Resulta imprescindible proponer creativamente caminos para acompañar, discernir e integrar la fragilidad afectiva actual³⁷. Es importante ayudar a cada persona a que reconozca dónde está, cuál es la llamada concreta que recibe de Dios en ese momento de su itinerario, pues nunca el Señor ha dejado de amarla, de acompañarla y de salirle al encuentro a pesar de los pecados y errores que haya podido cometer en su vida. Hay que ayudarle a pedir perdón por el mal que haya cometido, y acompañarle para tender al bien que le sea posible desde su situación concreta. Del mismo modo que sería trágica una pastoral donde, por deseo de

³⁵ 1Cor 13, 7-8a.

³⁶ Cf. Ef 5, 25b-27: «Cristo amó a su Iglesia. Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada».

³⁷ Cf. *Amoris laetitia* 291-312.

acercarnos a los hermanos que viven en esas situaciones objetivamente desordenadas, relegáramos la presentación de la belleza revelada por Dios sobre la duplicidad sexual y el matrimonio monógamo, estable hasta la muerte y fecundo, sería inmisericorde dejar abandonados a los hermanos que no pueden vivir ese ideal.

OBJETIVO 21	Discernir, desde el acompañamiento personal, las maneras concretas para la integración en la vida de la comunidad cristiana de quienes viven en situaciones irregulares, recorriendo con ellos el camino de la verdad y de la misericordia
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Formar agentes de pastoral capaces de aplicar las líneas de la Exhortación <i>Amoris laetitia</i>. 2. Crear a nivel parroquial o, donde no sea posible, arciprestal, itinerarios concretos para la integración de personas en situación irregular.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Dedicar diocesaneamente jornadas concretas a presentar por diversos medios la verdad del amor y la familia cristiana, a fin de que las personas en situación irregular tomen conciencia de la necesidad que tienen de emprender un camino de reconciliación espiritual. 2. Dedicar durante este curso las sesiones de la eventual escuela para acompañantes al discernimiento de estas situaciones.

El rostro misericordioso del amor

«El alma que anda en amor, ni cansa ni se cansa», dice S. Juan de la Cruz³⁸. Con frecuencia nos encontramos, en la sociedad y en la Iglesia, con gente cansada. Los adultos y jóvenes están agobiados en mil ocupaciones, reclamados por doquier y sin tiempo casi para respirar. Los más mayores añoran el vigor que antes tenían. Sin negar el peso de estas realidades humanas, el Dicho de san Juan de la Cruz pone el dedo en la llaga. Si vivimos fatigados es porque nos falta amor a Cristo, quien dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré»³⁹.

El amor de Dios tiene rostro concreto de misericordia para con los pecadores. Pero a veces olvidamos que no sólo pecan quienes trasgreden gravemente alguno de los mandamientos del Decálogo. También lo hacen quienes dejan que en sus corazones se enfríe el amor por Cristo, quienes no ponen el centro de su corazón y de su pensamiento continuamente en él. Como dice el Santo de Fontiveros: «todo el mundo no es digno de un pensamiento del hombre, porque a solo Dios se debe; y así, cualquier pensamiento que no se tenga en Dios, se le hurtamos»⁴⁰. Conviene recordar esto no para hundirnos en la miseria de nuestra condición, incapaz de hacer el bien que le gustaría⁴¹; sino precisamente para todo lo contrario. «Hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse», dice el Señor⁴². La vuelta al Padre es causa de un gozo inmenso no sólo para el

³⁸ Dichos de amor y luz 96.

³⁹ Mt 11, 25.

⁴⁰ Dichos de amor y luz 115.

⁴¹ Cf. Rm 7, 19: «No hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo».

⁴² Lc 15, 7.

culpable que se sabe reconciliado; sino para el mismo Dios que goza perdonándonos. «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores»⁴³. ¡Y yo soy uno de ellos! Cristo ha venido al mundo por mí. Con razón canta la Iglesia jubilosa y confiada en la Liturgia de las Horas: «recuerda, Jesús piadoso, que soy la causa de tus vías; no me pierdas en el último día»⁴⁴.

«Dios nos encerró a todos en la desobediencia para tener misericordia de todos»⁴⁵. Esta afirmación del Apóstol es básica para comprender el origen de la caridad cristiana. Dios no nos ama porque seamos buenos y bellos, sino porque él lo es. No es que merezcamos su amor; sino que lo necesitamos. Y él nos lo ofrece, incansable e incondicionalmente, porque es misericordioso. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados»⁴⁶. «Una vez que hemos sido revestidos de misericordia, aunque permanezca la condición de debilidad por el pecado, esta debilidad es superada por el amor que permite mirar más allá y vivir de otra manera»⁴⁷. El amor de Dios, que nos perdona, es el que nos permite vivir amándole e imitándole en su entrega por los hermanos. «Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por vosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor»⁴⁸. Un curso pastoral centrado en la virtud teologal de la caridad, sobre todo supone el júbilo de la misericordia. Nos hace misioneros del perdón de Dios. Nos hace reconocer con alegría que todos somos culpables que no dejamos de ser amados, reconciliados, conducidos y sostenidos por un amor eterno.

OBJETIVO 22	Proponer durante todo el curso la alegría de la misericordia divina como causa principal de nuestra propia caridad
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none"> 1. Contemplar el misterio de Cristo en la cruz, como manantial del que brota la fuente de la misericordia. 2. Fomentar la práctica del sacramento de la Reconciliación. 3. Mostrar el amor y la misericordia de Dios en el trato habitual con las personas en medio de sus circunstancias.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none"> 1. Realizar a nivel diocesano durante la Cuaresma de 2027 una gran celebración penitencial donde todos nos unamos en la alegría de la misericordia. 2. Programar y comunicar los tiempos en que los que se ofrece confesión en cada parroquia. 3. Difundir materiales en los que se proponga un examen de conciencia no tanto desde los mandamientos transgredidos, sino desde el amor a Dios no correspondido, y se anime a recibir la Reconciliación.

⁴³ Mc 2, 17.

⁴⁴ Himno Dies irae de la XXIV Semana del Tiempo Ordinario. Partición de Laudes: «Recordare, Iesu pie, quod sum causa tuae viae, ne me perdas illa die».

⁴⁵ Rm 11, 32.

⁴⁶ 1Jn 4, 10.

⁴⁷ FRANCISCO, *Misericordia et misera* (2016) 1.

⁴⁸ Ef 5, 1-2.

El amor nace de la compañía y crea comunión

En el libro de los *Proverbios* la sabiduría divina –que, en ciertos aspectos, es como una profecía o preparación de Cristo– dice «mis delicias están con los hijos de los hombres»⁴⁹. San Jerónimo afirmaba: «de dos en dos son llamados y de dos en dos enviados los discípulos de Cristo. Porque la caridad no es posible cuando sólo hay uno. Por eso dice el Eclesiastés: “ay del solitario”»⁵⁰. La caridad, que nace de Dios, se prueba y consolida en el trato con los hombres. La caridad, a su vez, crea la Iglesia como fraternidad de hermanos y abre las puertas al gozo del encuentro universal de los redimidos. Como afirmaba san Agustín, el amor de Dios crea la ciudad del cielo⁵¹. El encuentro de unos con otros es anticipo y, en muchas ocasiones, causa del encuentro con Dios. Por eso es necesario fomentar en nuestras comunidades cristianas una cultura del verdadero encuentro. Se precisan momentos de convivencia, donde más allá de las legítimas sensibilidades y diferencias, lo que primer sea el amor conjunto.

OBJETIVO 23	Fomentar el conocimiento y el cariño entre todos los miembros de la Comunidad cristiana mediante encuentros y convivencias.
MEDIOS	<ol style="list-style-type: none">1. Realizar una asamblea diocesana en la que se reúna el mayor número posible de cristianos y sea un signo de comunión en medio de nuestra sociedad.2. Preparar adecuadamente durante todo el curso ese encuentro, para que no sea uno más de los que tenemos anualmente, sino verdaderamente especial y significativo.3. Fomentar encuentros similares en las Unidades pastorales y en los arciprestazgos.
ACCIONES	<ol style="list-style-type: none">1. Buscar durante todo el curso distintos puntos que conviene tratar en conjunto para favorecer nuestra común unión.2. Trabajar un material conjunto propuesto.3. Realizar la asamblea en estilo sinodal.

⁴⁹ Prov 8, 10b.

⁵⁰ Cita (en latín) en <https://www.clerus.org/bibliaclerusonline/it/ehb.htm> (consultado 25-09-2024).

⁵¹ Cf. S. AGUSTÍN, *La ciudad de Dios* XIV, 28: «Dos amores dieron origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloria en sí misma; la segunda se gloria en el Señor. Aquélla solicita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia».

OBJETIVOS DEL PLAN PASTORAL

OBJETIVO GENERAL

1. Fomentar una renovación espiritual en nuestras comunidades, de modo que éstas se conviertan en verdaderos ámbitos para el encuentro personal con Cristo resucitado

AÑO 2025:

LA ESPERANZA

2. Crear en nuestras comunidades cristianas lugares para el encuentro interpersonal, donde sea posible reconocer los anhelos más profundos del corazón.
3. Profundizar en el encuentro y la escucha recíproca propias del estilo sinodal.
4. Estar presentes en la sociedad y actuar desde el Evangelio para comunicar esperanza.
5. Estar cerca de las personas que sufren para ofrecerles la luz de la esperanza
6. Presentar activamente la grandeza de la vocación al matrimonio y la familia.
7. Profundizar en el sentido espiritual de la peregrinación.
8. Potenciar cada unidad pastoral formando a sus integrantes para que se sepan miembros de una única y misma comunidad congregada en torno al Evangelio y la Eucaristía, donde es posible experimentar la vida teologal
9. Cuidar la «casa común», la naturaleza creada por Dios, cultivando una actitud contemplativa y respetuosa que nos permita reconocer cómo está aguardando su plenitud en el último día.
10. Preservar el sentido de los ritos exequiales de la liturgia, procurando celebrarlos cada vez con mayor autenticidad para que sean auténticos ámbitos de transmisión de la esperanza
11. Fomentar el conocimiento del dogma niceno para afianzar desde la divinidad de Cristo la virtud de la esperanza.

AÑO 2026:

LA FE

12. Articular en los distintos ámbitos diocesano, arciprestal, parroquial y otros procesos formativos de inspiración catecumenal para laicos en los que se conjugue el crecimiento intelectual con el experiencial para favorecer así un auténtico crecimiento en todas las dimensiones de la fe.
13. Potenciar la búsqueda sincera de todo corazón humano, el debate en torno a las cuestiones fundamentales de la existencia, ayudando a la gente a que sean capaces de plantearse, desde una escucha sincera y la convicción de que toda la humanidad camina junta hacia la Verdad.
14. Recuperar el primer anuncio como clave esencial de la actividad evangelizadora, dándole continuidad en un proceso catecumenal que conduzca a la integración en la comunidad cristiana.
15. Profundizar en las celebraciones litúrgicas, especialmente de la Eucaristía, para recibir, conformar y crecer en la fe.
16. Ayudar a desarrollar en cada miembro de nuestras comunidades la gracia bautismal, fomentando el deseo de ser santos, viviendo profundamente la fe y dando así testimonio de ella en el mundo.
17. Poner el Misterio de la Resurrección de Cristo en el centro de la predicación de la Iglesia y de la vida espiritual de cada bautizado

AÑO 2027:

**LA
CARIDAD**

18. Revisar el servicio de nuestras instituciones caritativas para que en ellas prime más el ejercicio del amor que viene de Dios que la mera organización asistencial
19. Promover el conocimiento en la Doctrina social de la Iglesia y la vocación de los fieles laicos en la transformación de la sociedad según los criterios del Reino de Dios.
20. Ofrecer desde las instituciones eclesiales una adecuada educación afectiva y sexual que permita a los niños y jóvenes una correcta integración entre eros, filia y ágape
21. Discernir, desde el acompañamiento personal, las maneras concretas para la integración en la vida de la comunidad cristiana de quienes viven en situaciones irregulares, recorriendo con ellos el camino de la verdad y de la misericordia
22. Proponer durante todo el curso la alegría de la misericordia divina como causa principal de nuestra propia caridad
23. Fomentar el conocimiento y el cariño entre todos los miembros de la Comunidad cristiana mediante encuentros y convivencias.



diócesis
de ávila